

MADAME CURIE



VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

EDEL

VIDAS DE MUJERES ILUSTRES

MADAME CURIE

POR

M. MORALES

EDEL

Versión 1.0 EDEL – Editorial Electrónica
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

ÍNDICE

- CAPITULO PRIMEBO. — Varsovia, 1867
CAPÍTULO II. —París, 1892
CAPÍTULO III. —Ella y Él
CAPÍTULO IV. — Vida íntima
CAPÍTULO V. — El prodigio
CAPÍTULO VI. — La gloria
CAPÍTULO VII. — La tragedia
CAPÍTULO VIII. — Una triple cajita
CAPÍTULO IX. — Madame Curie en España
CAPÍTULO X. — La eterna presencia

MADAME CURIE

CAPÍTULO PRIMERO

Varsovia, 1867

Varsovia, en la Polonia lejana y oprimida de 1867. Nieve en las avenidas, y en las almas un encendido anhelo de patria independencia. Varsovia ardiente bajo el albo manto de la nieve. Es el mes de noviembre. En las calles se matan los hombres, o se dejan matar por un sueño. Y en una casa humilde nace una niña a la que ponen por nombre María. Su padre es un sabio, el doctor Sklodowski, profesor de Física y Química en el colegio de la ciudad. La niña, creciendo entre redomas y alambiques, tiene en el paterno laboratorio su *nursery*.

La historia de esta nación: Polonia es, desde siglos atrás, una trágica historia. Rodeada de países poderosos, extraños y despóticos, los colosos vecinos han hecho de ella el objeto de sus codicias, víctima propiciatoria a la que han herido, roto, desmembrado, para repartirse, inicua y cruelmente, sus despojos. Dotada, por naturaleza, de un vivo espíritu de independencia, de una íntima y profunda cohesión nacional, de una susceptibilidad hipersensible, de un alma liberal y altiva ni un día, ni una hora, ha dejado de rebelarse, airadamente, furiosamente, contra el impuesto yugo que la hizo esclava. En esta pugna de siglos, se han sacrificado, de entre sus hijos, los mejores. Y los castigos son cada vez más duros. Y cada vez más ardiente la rebelión.

No hay humillación, dolor ni pena que a la triste Polonia se le haya dispensado. Católica, la Alemania luterana ha perseguido a sus sacerdotes, se ha mofado de sus creencias y ha intentado torcer sus ritos; liberal y demócrata, la autocrática Rusia la ha flagelado con el látigo de su régimen despótico. Austria, Rusia, Prusia, se han apoderado de sus más ricas comarcas. En unas, el idioma patrio se ha desterrado de las escuelas para imponer el alemán. En otras, se prohíbe, por decreto, el uso del traje nacional polonés, que deberá ser substituido por el ruso, castigándose con pena de azotes la menor resistencia. Las instituciones de cultura — universidades, institutos, laboratorios—, son clausuradas cuando no entradas a saco y destruidas acusadas por la ignorancia moscovita de ser focos de rebelión. Se disuelve la Sociedad de amigos de las Ciencias; la Escuela de Cadetes, de Kalisch, es transportada a San Petersburgo. La biblioteca pública de Varsovia es despojada de sus 150.000 volúmenes, sus 12.000 manuscritos, su gran cantidad de estampas y medallas. Bajo pena durísima de prisión se prohíbe traer del extranjero libros que traten de cuestiones sociales, así como imprimir las obras de los grandes autores nacionales, Mickiewicz, Krasinski, Lelewel, Slowacki. Se trata, sobre todo, en un extremo, de germanizar; en el otro, de rusificar a Polonia. Se confiscan los bienes de la Iglesia católica. Se substituye el código penal polonés, más civilizado y más humano, por el código ruso, basado en el terror. Se hace servir, ¡quince años!, a los jóvenes poloneses en los ejércitos de Rusia. Se priva a la ex nación de su moneda. A los "niños vagabundos, huérfanos y pobres" de siete a dieciséis años, se les envía como refuerzos de la tropa, a las más lejanas provincias de Rusia. Estas medidas levantan el valor y la ira de los independientes polacos. Se rebelan. Y las represiones, las persecuciones, las matanzas, se suceden, año tras año...

Si un momento, dolorido y maltrecho, el espíritu nacional parece adormecerse, doblegarse, no tarda alguna nueva crueldad de sus dominadores en hacerlo despertar y vibrar. Un día es la noticia de que se están forjando férreas esposas de una nueva medida, pues no las hay tan pequeñas como se

precisan para aprisionar las muñecas de los niños que marchan desterrados a Siberia. Otro día, el rumor en torno al hecho de haber sido enterrado vivo un sacerdote de Minsk que se negaba a abjurar. Un niño de catorce años, Miguel Plater, es castigado cruelmente por haber escrito, con tiza, en la pizarra, unos versos en honor de la Constitución de Polonia. Millares de patriotas son enviados a Siberia, con la cabeza rapada y una cadena al cuello. Cinco mil familias nobles de Polonia son, un día en virtud de un ucace del zar, transportadas al Cáucaso. Otra vez, 45.000 familias son deportadas a Ivubán, en la región del Volga. El zar Nicolás I declara no conocer más que dos clases de polacos: los que desprecia y los que odia. Y un poeta de Posnania, en un acceso de desesperación bien comprensible, escribe: "Señor, tú nos has tomado cuanto se nos podía tomar..."

* * *

En la capital de esta noble nación, esclavizada pero no sometida, ha nacido María Sklodowska el 7 de noviembre de 1867. De inteligencia viva y aguda sensibilidad, su infancia percibe ya, desde muy pronto, y capta ese velo de tristeza que se extiende sobre las ciudades y villas de Polonia, y que tiene calidad de fúnebre crespón sobre Varsovia. Lo primero que escuchan sus oídos infantiles es el eco del anhelo liberador que por todas partes se extiende, crece, vibra, resuena. Oye en su casa hablar de esos hechos crueles que hemos enumerado y de otros no menos dolorosos ; de labios del padre, que es un sabio y de los amigos del padre, aprende a conocer la historia patética de su patria, y a amar más a ésta por más desdichada. Tal vez a su alrededor se lucha, se conspira, por la soñada independencia. También ella luchará, conspirará — acaso — desde su adolescencia temprana.

En tanto, niña aún, va creciendo, sin madre, junto al padre sabio, grave, patriota y bondadoso. Tan bondadoso, que no le molestan los juegos de la niña en el laboratorio, ni el infantil parloteo le arranca a su abstracción meditativa. Así casi desde la cuna, la nenita canta o llora, juega o reflexiona, vive, crece, estudia, al lado del profesor, y la Ciencia va haciéndosele amiga, familiar... No puede recordar a qué edad comenzó a manejar alambiques y tubos de ensayo, pues desde siempre, casi, fue la ayudante de su padre. Pero sucede que el profesor bueno y sabio es, además, pobre, y ninguna *nursery* — ni aun ésta donde se labora más que se juega — guarda por mucho tiempo a los hijos de la pobreza. Casi una niña todavía, María debe concurrir a la Escuela Normal, donde se prepara al profesorado, como sus padres, donde, rápida, rápidamente, ha de hacer, ha de terminar sus estudios, a fin de salir pronto a ganarse la vida, fuera de su casa y de su ciudad. A fin de convertirse, en esta época en que las mujeres no trabajan todavía, en una de las pocas mujeres que trabajan.

* * *

De cuerpo menudo, finísima la tez, muy sonrosada y blanca, obscuro el cabello abundante, ardientes como ascuas los ojos, pequeña la cara, con la barbilla voluntariosa, y los pómulos muy marcados, María Sklodowska es una linda muchacha a quien no parece importar gran cosa su belleza. Y es que, al menos por el momento, tiene cosas más apasionantes en que ocuparse:

Ante todo, el problema inmediato, punzante de la existencia, del pan cotidiano, problema que hay que resolver sin detenerse mucho a pensar, en la única actitud salvadora de sumisión a la vida... Por encima de esto, la atracción poderosa de la Ciencia a cuyo reino se ha asomado María desde el modesto laboratorio del profesor Sklodowski, y que ejerce una fascinación irresistible sobre la muchacha.

¿Qué habrá en el más allá de ese mundo maravilloso, entrevisto apenas? ¿Qué frutos podrán aún arrancársele a ese campo prometedor y, de fijo, aún no del todo explorado? María ha nacido en el punto álgido de ese "siglo de las luces" en que descubrimientos e inventos constituyen la gran aventura que ha venido a substituir a la aventura guerrera y la aventura filosófica; para María es el

estudio, es la investigación, familiar patrimonio; su inteligencia clara, de precisión rigurosa, su carácter serio, ordenado, enérgico (la "Matemática personificada" — le ha llamado Emil Lud-wig) la empujan también hacia ese camino, duro y prometedor de la Ciencia. Pero María es mujer; es pobre; esa mitad del ochocientos es poco propicia a los avances femeninos y la cultura en Varsovia, como en toda la Polonia desmembrada y esclava, una cosa exigua y lamentable. Todo eran, pues, limitaciones, para una firme vocación y un apasionado ensueño.

Pero — acaso — no son estas limitaciones las que con más fuerza de indignación rebelan a María. Su primera juventud, ardiente y soñadora formada en la soledad y la disciplina científica, se rebela, sobre todo, contra cuanto limita la realización de su ensueño patriótico. Como en la triste Polonia toda su generación, ella daría vida y alma por arrancar a su patria querida de la condición mísera en que se encuentra. Pero ¿qué ayuda puede aportar a la patria oprimida la angustiada voluntad de una muchacha pobre, débil, desamparada? No hay en Polonia libertad de reunión, ni de prensa, ni otra posibilidad de expresión del pensamiento. La represión, la persecución implacable del legítimo fervor patriótico, ha vertido ya tanta sangre inútil, que es suicida y estúpido volver a comenzar el período de infructuosas rebeldías y estériles martirios. Los mejores patriotas, los más inteligentes y preparados, no actúan dentro de Polonia — donde todas las manos son atadas y sellados todos los labios—, sino que, voluntariamente desterrados los que no lo han sido por los gobiernos usurpadores, han emprendido su cruzada salvadora desde las naciones libres que simpatizan con su causa. Especialmente, desde Francia, que contempla las desdichas de Polonia con rara y acendrada simpatía, más de una vez ha asumido funciones de abogada en su causa. Francia, cuyo Napoleón intentó la liberación de Polonia, y a quien siguieron bravas legiones de poloneses desde Egipto hasta el Vístula y el Neva; Francia, por quien sangre polonesa se ha vertido generosamente sobre el exótico suelo de Santo Domingo; Francia, la dulce, la suave, la acogedora...

Francia, la Ciencia, el acrecentamiento de las propias fuerzas para elevarse hasta una situación que le permita dar ayuda eficaz a la patria esclavizada, son los sueños de los quince, de los dieciocho, de los veinte años, de esta linda muchacha polonesa — ojos ardientes, cara menuda, voluntariosa barbilla — a quien no importa gran cosa su belleza.

CAPÍTULO II

París, 1892

Lo que importa, por el momento, es esa cosa acuciante que se llama ganarse la vida. Por el medio en que se mueve, y por sus escasos medios propios, María tiene que dejar inacabados sus estudios. Es maestra, pero más ha aprendido en su investigación caprichosa del paterno laboratorio que no en la Escuela Oficial de Varsovia. Posee una cultura superior al nivel cultural medio de las mujeres de su tiempo, pero a su exigente inteligencia poderosa esto le parece muy poco. Su padre, a quien ha servido de ayudante por largo tiempo, la ha instruido en los vericuetos de las Matemáticas, de la Química y la Física experimental. Pero esto no da de comer. Aun el propio profesor Sklodowski, que es un sabio, no vive sino gracias a sus lecciones.

Hay que tomar una decisión, emprender un camino. El camino es duro, áspero y en cuesta. María Sklodowska: ¿adonde va por la vía empinada? Por de pronto, entra como institutriz en casa de una aristocrática familia rusa. Tal vez tiene que sufrir humillaciones; tal vez estos señores rusos no distinguen, como su zar, otros poloneses que aquellos a quienes odian y aquellos a quienes desprecian... De todos modos, sea cual sea la psicología, el trato y la consideración de estos señores, no es, para María, un comienzo muy brillante. Pero es el pan y los zapatos. (Los zapatos y el pan, que cuando tienen que conquistarlos nuestras manos jóvenes, son barrera cruel, que cierra o por lo menos aparta y aleja la posibilidad de toda otra conquista: el arte, la ciencia, el ideal.)

María Sklodowska, la muchacha soñadora y enérgica, la institutriz calladita y humilde, no sueña su gloria ni riqueza... pero en aquel ambiente parecele como que se ahoga; el renunciamiento a la noble investigación científica que fue su pan espiritual desde la cuna, le duele ahora como una herida, y el alejamiento de la madre Ciencia la deja más huérfana que, en su primera infancia, el de la madre verdadera... La institutriz menuda, linda e insignificante, que cumple su deber con precisión rigurosa, que lleva sobre el hombro su cruz con esfuerzo heroico, no puede en realidad, vivir sin el laboratorio, sin los libros, y la perspectiva de no avanzar ya nunca, ni un punto más, en el camino del conocimiento del saber; de no llegar ya jamás a desentrañar las posibilidades de la Ciencia, de permanecer ya, para siempre con los brazos caídos y las manos cruzadas frente al martirio de la patria, la inquieta, la atormenta, la tortura. Hasta que un buen día...

Un buen día — ¡oh, que día radiante bajo el cielo plomizo y las calles vestidas de nieve! — María deja la colocación que le daba pan y zapatos, reúne algún dinero — poco, muy poco —, un hatillo de ropa, una Historia de Polonia, un par de obras de Mickiewicz y algunos libros más; se despide efusivamente del padre profesor, y, pasando por todas esas pruebas supremas que vida y mito imponen a su heroína, antes de llegar al ansiado "final feliz", toma el tren para París. Tiene entonces María veintitrés años.

Viaja en departamento de tercera clase, pero lleva la mente llena de proyectos, de sueños. El más inmediato es, al parecer, bien sencillo: matricularse en la Sorbona.

* * *

París, en 1892, es aquel París que llenó de asombro a nuestros padres; el París rutilante y vocinglero que sigue a la Gran Exposición Universal. Se le conoce por la "Ciudad-Luz" y los papanatas del mundo entero abren la boca un palmo ante sus maravillas. Las gentes morigeradas se alarman y se indignan ante la osada picardía de su can-can, exportado a todos los *music-halls* del globo, y el solo nombre de París evoca, hasta en la más lejana e inocentona aldea, visiones de paraísos maliciosos que hacen chispear los ojos de los hombres y santiguarse de susto a las mujeres. París es para la mayoría de la gente, verde ajeno, dorada espuma de champaña, música ligera de *couplet*, mujeres bellas y asequibles, hombres galantes e ingeniosos. Todo lo que brilla, todo lo que grita, todo lo que aparenta, trae como un eco o una chispa de París. En los teatros de París, en sus salones, en sus avenidas, se dan cita los reyes destronados, los fastuosos rajas de la India, cuyos turbantes se empenachan con *aigrettes* prendidas por broches de piedras preciosas; los estancieros sudamericanos que en una noche de diversión sueltan la plata necesaria para comprar algunos miles de cabezas de ganado; las princesas rusas, los divos italianos; las grandes estrellas de la escena; las bellezas internacionales que pasean por el *Bois* en lánguidas carretelas, arrastradas por soberbios troncos de caballos, llevando el valor de varias fortunas importantes en el ornato que dan a su belleza joyas, pieles y plumas. Plumas, pieles y joyas lanzan su espejuelo tentador a todas las mujeres del mundo, desde los escaparates de la *Rué de la Paix* y bajo el irresistible rótulo común de "Modas de París".

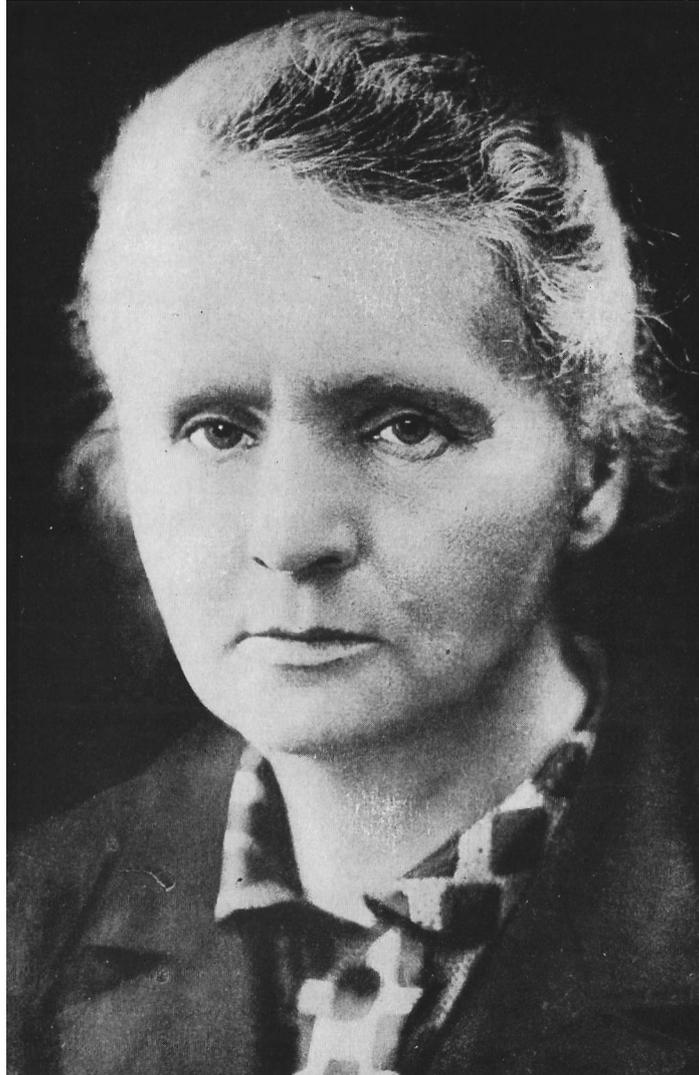
Una mujercita cruza las calles de la ciudad sin que la ciegue ese esplendor ni la atraiga ese espejuelo. Es una estudiante extranjera. Viste austera y modesta, casi pobremente, y se encoge de hombros, con desdén, lo mismo ante los trenes llamativos del Bosque de Bolonia, que frente a los escaparates gritadores de la calle de la *Paix*.

Ella sabe que, bajo ese París ostentoso, bullanguero, chillón, pícaro, loco, que atrae a los rajas y a las mundanas, a los reyes destronados y a los paletos con dinero, hay otro París grave, serio, profundo, que labora, paciente, que estudia y que trabaja, infatigable; que marcha a la cabeza de la dura, de la penosa cruzada por la Ciencia. En las aulas, en los laboratorios, en las bibliotecas, palpita, más vital aún que el otro, y más fecundo, ese París que ha venido a buscar desde su aherrojada Varsovia esta animosa estudiante polonesa. María Sklodowska se siente conquistada en seguida por el aliento generoso de la Ciudad-Luz, y, como sus antepasados que siguieron al Emperador desde el Nilo hasta el Neva, que lucharon por Francia en las campañas de Lombardía y bajo el sol de Santo Domingo, ella sueña que, de aquí, de la dulce Francia, ha de surgir la salvación de su amada Polonia...

Pero esto aún está lejos. Es el ensueño, la magia del mañana. El hoy es todavía monótono y exiguo. María Sklodowska hace a pie, todos los días, con sus zapatos deslucidos y ásperos, el camino que separa su casa de la Sorbona, y el que lleva al laboratorio donde gana algún dinero para sus estudios. Tiene alquilada una habitación, extremadamente pobre, en un séptimo piso del barrio estudiantil; estudia mucho y se alimenta mal; no puede comprarse galas porque apenas cuenta con los recursos necesarios para adquirir libros. Sin embargo, se siente dichosa. Acaba de cumplir veinticinco años; se ha licenciado en Física y se prepara al examen de la licenciatura en Matemáticas. Ha encontrado su atmósfera, su clima y su camino en el austero ambiente de la vieja Sorbona parisién, donde sigue, ferviente, maravillada y tenaz, los cursos de esas grandes luminarias de la Ciencia, que son el bondadoso Troost, el glorioso Lippmann, el venerable Friedel, de larga barba blanca, el precursor Becquerel...

Claro que los comienzos han sido un poco duros. La Sorbona de 1892, no era, ciertamente — aparte lo esencial de su misión —, la Sorbona de 1936. Invadidos hoy los antiguos, solemnes y severos "templos de la Ciencia" por las mujeres, que, de todas partes del mundo, acuden a estudiar, la mitad de los anfiteatros de la Sorbona, por lo menos, son ocupados por el elemento femenino, hallándose así, las estudiantes tan en su casa como los estudiantes. En la época en que María Sklodowska,

tímida y encogida, se matriculó en la primera universidad de Francia, a los cursos de Friedel y de Lippmann no asistían sino dos representantes del bello sexo: una francesa, que, cansada, sin duda, del tremendo esfuerzo de ir contra la corriente, no tardó en dejar la Ciencia por la Música, y una extranjera: la joven institutriz polonesa cuya maravillosa historia nos disponemos a seguir.



Retrato de Madame Curie en sus años de más intensa labor científica

Temerosas y asustadas, sin duda, de la propia osadía, entraban sin hacer ruido, antes de que las clases comenzaran, sentábanse la una al lado de la otra, para darse mutuamente valor, se aplicaban con redoblado esfuerzo a la tarea, no se atrevían a levantar jamás la voz.

Para la francesita todo parecía más fácil porque estaba en el propio terreno y entre la propia gente; sin embargo el pajarito voló pronto de la solemne jaula. Se quedó sola la polonesa, para quien todo ofrecía mayor dificultad. Su conocimiento del francés, más teórico que práctico, resultábale todavía, durante los primeros cursos, insuficiente para captar los múltiples matices de una lengua tan rica y expresiva. Toda su atención ávida, todo su esfuerzo tenaz, fallaban, en ocasiones, al querer tomar, en su cuaderno de apuntes, las lecciones de los profesores. Al principio, ante el fracaso, se mordía los labios, y las lágrimas asomaban — tal vez — a sus ojos. Pero no tardó en suceder una de esas pequeñas cosas encantadoras que allanan contratiempos y ayudan a llevar mejor la vida. Los

alumnos más cercanos se dieron cuenta de la dificultad con que tropezaba la extranjera. Y, desde entonces, todos sus camaradas se afanaron por pasarle sus cuadernos, a fin de que ella pudiera corregir los pasajes mal entendidos o incorrectos. Merced a su viva inteligencia, y a su labor constante, María Sklodowska pudo vencer estas y otras dificultades, y hacer brillantemente su primer examen, al finalizar el año escolar.

Otros dos cursos habían transcurrido, cuando en 1894 — año que ha de ser decisivo en su vida— la joven estudiante polonesa comienza a trabajar, bien seriamente en el laboratorio de investigaciones del sabio profesor Lippmann.

CAPITULO III

Ella y Él

Cada verano, con unos pocos cuartos ahorrados del vivir más que humilde, María pasa una breve temporada en Varsovia. Acompaña al profesor, ya algo viejo y cansado, respira, con fruición, el aire de la patria...

Pues la patria y la Ciencia siguen partiéndose, por igual, el corazón de esta muchacha seria, estudiosa, ardiente y bella, ahora de una belleza fina y suave, en la que ponen la única nota intensa — ello hasta el fin de la vida — las ascuas de los ojos. En el aula y en el laboratorio, el culto de la Ciencia domina en su inteligencia poderosa, en su temperamento apasionado. Pero esto no es, claro, toda la vida. El ensueño patriótico no ha cedido lugar, antes al contrario, se ha hecho más firme y más consciente. La lucha por la vida, el contacto con la pobreza, la visión, más amplia y perspicaz del mundo en torno, han encendido también, en el alma de María Sklodowska, el vivo anhelo de una sociedad más justa, más piadosa, más humanitaria.

En París, los desterrados poloneses forman como una pequeña segunda patria. Hay, entre ellos, los desterrados por el zar o por el rey de Prusia; hay los desterrados voluntarios. Ardientes patriotas todos, unos son escritores, otros artistas, otros científicos... Cantan las baladas melancólicas de su país; leen ávidamente a Mickiewicz y escuchan, interpretadas por cualquiera de ellos, al piano, las czardas y polonesas de Chopin, aquel otro gran hijo de Polonia, que unos años antes lanzara también desde París la queja hecha armonía de la adorada patria desgarrada. En las largas veladas de invierno, cuando esas gentes se reúnen, bien cerrados los postigos de las ventanas, que el viento azota y la nieve festonea, quien les acompañara, creería hallarse, por unas horas, en la mismísima Polonia.

No en noche de invierno, sino en plena radiante primavera parisién; en una de esas veladas y en casa de uno de esos compatriotas — un sabio físico polonés — comienza la maravilla de la maravillosa vida de María Sklodowska. Ella acaba de entrar, linda y fresca, en su humilde atavío de estudiante pobre; la esposa del sabio se adelanta, cariñosa, a recibirla. María le tiende la mano, correspondiendo a su gesto cordial, pero sus ojos se fijan ya en la figura de otro invitado, para ella todavía desconocido, que, al fondo del salón, se apoya en el marco de una ventana. Le parece a María un hombre muy joven, a pesar de que ya ha cumplido los treinta y cinco años. Se lo presentan a la recién llegada como el profesor Pedro Curie. Pasados treinta años, la estudiante polonesa no había olvidado el menor detalle de aquella presentación:

"Me sentí impresionada — cuenta en la biografía de Pedro Curie — por la expresión de sus ojos claros, y por una ligera apariencia de abandono en su elevada estatura. Su palabra, un poco lenta y reflexiva, su sencillez, su sonrisa, grave y juvenil a la vez, inspiraban confianza. Pronto nos enfrascamos en amistosa charla; primero, sobre cuestiones científicas, sobre las cuales me sentí dichosa de poder pedir su ayuda; luego sobre cuestiones de interés social o humanitario, por las que ambos nos interesábamos. Entre su concepción de las cosas y la mía, a pesar de la diferencia de nuestros países de origen, había un parentesco sorprendente, sin duda debido, en parte, a cierta analogía en la atmósfera del medio familiar, en que uno y otro nos habíamos criado."

Al cabo de treinta años se expresa así María Sklodowska, recordando la hora, decisiva en su vida, de aquella primera entrevista. Al cabo de treinta años, cuando el compañero ya ha desaparecido, le parece aún verle en la plena juventud de sus treinta y cinco años, algo infantiles, contemplar su mirada clara y su sonrisa ingenua y la desmaña de su alta figura, apoyada en el marco de la ventana... No ha olvidado tampoco ni una sola de las particularidades de aquella charla primera, animada desde el primer instante por la chispa de la mutua simpatía, y a la que siguieron muchas otras.

Pues María Sklodowska y Pedro Curie se encontraron, a partir de aquel día, con cierta frecuencia: en la Sociedad de Física, unas veces; otras, en el laboratorio de Lippmann.

* * *

Pedro Curie y su hermano Jaime eran hijos de una familia modesta, casi pobre, que había sacrificado el bienestar material y la comodidad física a una existencia humanitaria y útil a sus semejantes. El padre, Eugenio Curie, era médico, y se había distinguido, al mismo tiempo que por sus relevantes aportaciones científicas, por su celo y su valor al frente de las ambulancias, durante las jornadas sangrientas de la Revolución de 1848. Hombre de doctrinas muy puras, amante fiel de la naturaleza, educó por sí mismo a sus dos hijos, concediéndoles una amplia libertad, y despertando en ellos la afición a las ciencias naturales. Hacia los catorce años, Pedro Curie fue confiado al profesor Bazille, que le instruyó en las matemáticas, y descubrió sus facultades portentosas para el estudio de las ciencias. A los dieciocho años se licenciaba en Ciencias físicas; a los diecinueve — en 1878 — era ayudante del célebre Desains (a la sazón director del Laboratorio de Altos Estudios) y encargado de las manipulaciones de Física de los alumnos en la Facultad de Ciencias, de París. Era, entonces, el futuro sabio, un muchachote alto y delgado, de cabello castaño y aspecto reservado y tímido. Estudiaba ciencias, hacía versos, trabajaba y soñaba. Una gran amistad fervorosa por su hermano mayor, Jaime — colaborador en sus primeros trabajos —, iluminaba su vida familiar. Como su padre, amaba la naturaleza, ardientemente, y se sentía dominado por la pasión de la lectura, de todas las lecturas, aun las más arduas. "Yo no detesto los libros aburridos" — solía decir. La pintura y la música le atraían también, dando con gusto buena parte de ese tesoro de los verdaderos trabajadores, que es el tiempo, a los conciertos y las exposiciones.

Las mujeres le atraían... y le asustaban. Ni el más ambicioso de sus ensueños podía presentarle como factible el matrimonio tal como él lo concebía, lo deseaba. "La mujer, mucho más que nosotros — había escrito una vez, en su diario — ama la vida sólo por vivirla; las mujeres de genio son raras. Así cuando impulsados por algún místico amor queremos adentrarnos por alguna vía antinatural, cuando ofrendamos todos nuestros pensamientos a alguna obra que nos aleja de la humanidad que nos rodea, tenemos siempre que luchar con las mujeres... y la lucha es casi siempre desigual, pues que ellas tratan de arrastrarnos en nombre de la vida y de la naturaleza..."

La carrera científica de Pedro Curie fue rápida y segura. Sus trabajos sobre los cristales, el descubrimiento del nuevo fenómeno de la *piezoelectricidad*, sus teorías sobre el principio de simetría y el magnetismo le otorgaron pronto un justo renombre. "Entre 1883 y 1895 — nos cuenta María Sklodowska — puede apreciarse la evolución realizada por el joven físico en su situación de jefe de trabajos. Había logrado, durante ese período, organizar un servicio de enseñanza enteramente nuevo, publicar una serie de memorias teóricas importantes y de investigaciones experimentales de primer orden, así como construir aparatos nuevos de una gran perfección; todo ello en condiciones de instalación y de crédito bien insuficientes... Pero, en el extranjero como en Francia, le rodeaba una creciente estimación, y se le escuchaba cada día con mayor interés en las sesiones de las sociedades sabias (Sociedad de Física, Sociedad de Mineralogía, Sociedad de

Electricidad), donde tenía por costumbre presentar sus comunicaciones, y donde solía intervenir en las discusiones relativas a diversas cuestiones científicas."

Este es el hombre a quien María Sklodowska conoce en la primavera de 1894. Una aureola de legítimo prestigio científico rodea su cabeza algo inclinada, mientras en su mirada clara hay una chispa de candor infantil... ¿Es ese prestigio o es esa infantilidad lo que atrae a la estudiante polonesa hacia el maestro? Ni ella misma lo sabe, como él no sabe tampoco qué es lo que le encanta de la joven institutriz. Lo cierto es que los dos hablan una misma lengua, y se han reconocido como compatriotas de un país más ancho que el que dibujan sobre los mapas las líneas azules y rojas de las fronteras. Cuando él habla de Ciencia, ella le escucha, atenta y grave; le escucharía horas enteras... pero, pronto, sin saber cómo, es ella quien charla evocando la vida familiar en casa de su padre, los campos de su país, el espíritu, rebelde a la opresión, de los suyos... Y es él quien, entonces, permanecería largas horas oyéndola, y soñando. Soñando ¡cosas raras! con un paisaje en que brillaran la figura de su hermano Jaime y los ojos penetrantes de la estudiante polonesa; con un cálido hogar en que hubiese niños, pájaros y canciones, y fuese, al mismo tiempo, un inmenso laboratorio, y poblado de tubos y retortas.

* * *

¿Cuántos peldaños hay, desde el portal estrecho, hasta el séptimo piso donde tiene María Sklodowska su cuarto de estudiante? Muchos, sin duda. Pero Pedro Curie los sube con el corazón ligero, y, por ello, los salva en cuatro brincos. "Era un pobre alojamiento — nos dice María — pues mis recursos eran extremadamente exiguos... Mas, Pedro Curie vino a verme con una simpatía sencilla y sincera por mi vida de trabajadora. Pronto tomó la costumbre de hablarme de su ensueño de una vida consagrada enteramente a la investigación científica..."

¿Qué se ha hecho de la vieja teoría de Pedro Curie respecto a las mujeres? "Las mujeres de genio son raras...", "tenemos siempre que luchar con las mujeres", "la lucha es casi siempre desigual..." — había escrito, viendo, con desaliento, en todo amor de mujer, en todo lazo afectivo, cordial, la remora o el lastre para toda empresa desinteresada, para todo empeño idealista... Y, ahora, día tras día, sube, ligero, los peldaños infinitos de aquel séptimo piso — de aquel séptimo cielo —, y, en la semipenumbra del humilde cuartito de la estudiante polonesa, desgrana al oído de María Sklodowska, no sargas sonoras de galantería, ni ecos apasionados de promesas de amor, sino ese algo tan grande y tan simple, que es el contenido del ensueño de un hombre, su ideal entrevisto, su anhelo de una vida fecunda, repleta de sentido y rebosante de noble eficacia espiritual.

Ahora bien, cuando Pedro Curie habla a María de su ensueño de una vida, consagrada enteramente a la investigación científica, ¿es del todo sincero? Para henchir de eficacia y de sentido esa su futura existencia, ¿no será preciso unir a ella una mujer que no sea rémora ni lastre, que no sea enemiga sino aliada en la lucha por el alto ideal? Un día, al fin, con toda sencillez, se obra el prodigio. El profesor Curie pide a María Sklodowska que quiera asociarse a su tarea y a su vida accediendo a ser su mujer.

Es... como un deslumbramiento Mejor, como una luz muy clara, que resplandece, sin cegar. Es un momento que la joven institutriz polonesa no olvidará tampoco, ni en su más pueril detalle, ni aunque pasen treinta años, ni aunque pudieran pasar trescientos mil. Pero aquella gran claridad, he dicho, no la ciega... No se lanza a una decisión rápida, aunque en su fondo vislumbre la puerta, de par en par abierta, de la felicidad.

A ella le lleva la mano franca de amigo, de colaborador, de esposo, que el profesor Curie le tiende. Mas, ¡ay!, al otro lado del sendero, en la opuesta ruta, están la familia de Polonia, la patria, el ensueño de una posible actividad social... "Habiéndome educado en un ambiente de patriotismo

sostenido por la opresión ejercida sobre Polonia — recuerda María Sklodowska al recordar ese decisivo momento —yo anhelaba, como tantos otros jóvenes de mi país, contribuir, por mi esfuerzo, a la conservación del espíritu nacional..."

De los veintisiete años de su vida, acaso más de veinte han sido consagrados a ese legítimo anhelo patriótico, al que ahora duele, de un golpe, renunciar. El amor de Polonia y el amor de Pedro Curie se parten, por un momento el corazón de la animosa estudiante. Mas... He aquí que, ahora, entra el verano; con él, las vacaciones. ¿Por qué no dejar que el tiempo aconseje, que la patria misma dicte, la certera respuesta? Sin arriesgar la suya, María Sklodowska deja París, dispuesta a pasar el verano en Varsovia, junto a su padre.

Cuando el tren parte llevándose la figurilla leve y modesta, el rostro noble y pálido, la barbilla voluntariosa, los ojos vivacísimos, de la institutriz, queda en la estación por largo rato la alta figura desmañada, desolada, ingenua y grave, del profesor Pedro Curie. Dijérase un hombre que se quedase solo por primera vez.

CAPITULO IV

Vida íntima

La patria tiene una luz distinta, un distinto sentido, para María Sklodowska, en este verano de 1894. También ella, ahora, como la mística doctora española "vive sin vivir en sí". Su vida externa es la misma, monótona y ardiente, que en las anteriores vacaciones, pero en su espíritu brilla, como un nuevo gozo, una inquietud.

Recibe frecuentes cartas del profesor Curie que son como una continuación de aquellas entrevistas de París, en que él se confiaba, por entero, a la amiga. Con una admirable sinceridad objetiva, se le da a conocer en todas las facetas de su espíritu. Le habla, por ejemplo, en largas pláticas, de sus ideales políticos y sociales, impregnadas de un intenso amor a la humanidad.

"¿Qué pensaría usted — escribía a María, aquel verano — de alguien que pensara, lo primero, en tirarse de cabeza contra un muro de piedra con idea de echarlo abajo? Podría, acaso, ser una idea nacida de excelentes sentimientos, más no por ello dejaría de ser ridícula y estúpida. Yo creo que ciertas cuestiones exigen una solución general, pero no tienen, por hoy, soluciones parciales, y cuando uno se mete en un callejón sin salida puede hacerse mucho daño. Creo todavía que la justicia no es de este mundo y que el sistema más fuerte, o, mejor el más económico, será el que prevalecerá. Hoy un hombre se extenua trabajando, y, sin embargo, vive miserablemente; es una cosa indignante, mas no por serlo cesará; desaparecerá probablemente porque el hombre es una especie de máquina y tiene, desde el punto de vista económico, la ventaja de hacer funcionar una máquina cualquiera en su régimen normal, y sin forzarla."

Le hablaba también, siguiendo este camino, de su vida interior, y de los conflictos planteados por su necesidad de lealtad hacia sí mismo y hacia los demás:

"Todos somos esclavos de nuestros afectos, esclavos de los prejuicios de aquellos a quienes amamos; debemos también ganarnos la vida y convertirnos, por ello, en ruedecillas de una máquina. Lo más penoso son las concesiones que hay que hacer a los prejuicios de la sociedad que nos rodea; se hacen más o menos según uno se sienta más débil o más fuerte. Si no hacemos bastantes, la sociedad nos aplasta; si hacemos demasiados, somos viles y sentimos descontento de nosotros mismos. Estos no son, ciertamente, los principios que yo tenía hace diez años. Creía yo, en esa época, que debía ser excesivo en todo, y no hacer la menor concesión al medio que nos rodea. Creía que debíamos exagerar nuestros defectos como nuestras cualidades."

Pero estas y otras reflexiones no desvían al sabio profesor de los ojos de niño, del primordial objeto de su correspondencia: el matrimonio con María Sklodowska, ensueño al que no renuncia, antes se aferra con más entusiasmo cada día:

"Nos hemos prometido (¿no es verdad?) tener el uno por el otro, por lo menos, una gran amistad — escribe — ¡Con tal que tú no cambies de parecer! Pues no hay promesas que por sí solas se mantengan; en esas cosas no se manda. Sería, sin embargo, algo muy bello, en lo que no me atrevo a creer, pasar la vida uno al lado del otro, hipnotizados en nuestros sueños: tu sueño patriótico, nuestro sueño humanitario y nuestro sueño científico. De todos estos sueños, creo yo que sólo el último es legítimo. Quiero decir con esto que somos impotentes para cambiar el orden social, y si

no fuera así, no sabríamos qué hacer, y actuando en un sentido cualquiera, jamás podríamos estar seguros de no hacer más mal que bien, retardando, quizá, cualquier evolución inevitable. Desde el punto de vista científico, por el contrario, podemos pretender realizar cualquier cosa: el terreno es aquí más sólido, y todo descubrimiento, por pequeño que sea, es una adquisición..."

Y más allá: "Te aconsejo vivamente que vuelvas a París en octubre. Me causaría mucha pena que no vinieras este año, pero no es sólo por egoísmo de amigo por lo que te ruego que regreses. Creo únicamente que aquí trabajarás mejor, que realizarías una tarea más sólida y más útil..."

Sí. María Sklodowska regresa a París en octubre. Aún no ha dado al amigo, aún no se ha dado a sí misma una respuesta, pero sabe bien que aquellas serán sus últimas vacaciones en Polonia. Al fin, ¿por qué no ha de ser útil a su patria aunque esté lejos de ella, aunque, como tantos entre los mejores de sus compatriotas, labore desde la dulce y generosa Francia, tan amiga y protectora siempre de los poloneses en todas sus tribulaciones? El ensueño científico, además, va tomando realidad, por encima de todos los otros. ¿No pueden, en él, condensarse todos los anhelos, todas las generosidades? Hay además —¿por qué no?— el ensueño amoroso. La ausencia, en realidad, no ha hecho sino dar a María una seguridad en los propios sentimientos. Sí; el príncipe soñado, el compañero ideal no puede ser, para esta animosa estudiante, linda, pobre y apasionada, otro que el sabio ingenuo y grave, de alta estatura y ojos claros.

Todo aquel curso dura aún el noviazgo de Pedro Curie y María Sklodowska. Cada vez más unidos, en el amor y en los ideales, el profesor y la estudiante no pueden ya concebir una vida futura el uno sin el otro. Los padres de Pedro conocen a la institutriz polonesa, y la acogen, a su vez, con el mayor cariño. El padre, las hermanas de María vienen, desde Varsovia, a la boda, que se celebra el 25 de julio de 1895. Es una ceremonia sumamente sencilla. Y, sin embargo, es el comienzo de una ruta maravillosa.

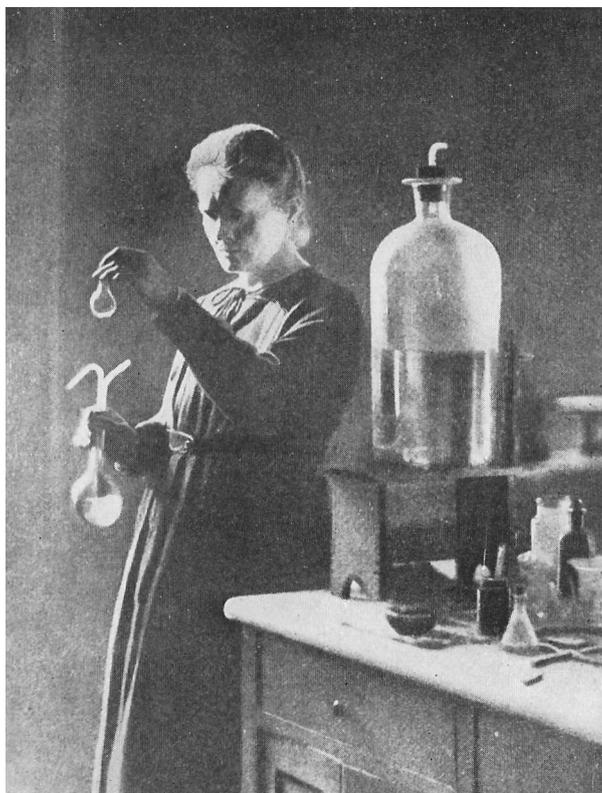
* * *

La gente ya no conocerá más a nuestra heroína por el nombre de María Sklodowska; para el mundo y para la inmortalidad se ha convertido ya en Madame Pedro Curie...

Mas, para ella, la boda no es el final, como para las protagonistas de los cuentos de hadas, o las estrellas de las películas americanas; no es el final, sino, por el contrario, el principio de una vida apasionada de colaboración íntima, de compañerismo nunca interrumpido, de apretadísima unión en la lucha. Como un día lo fue su nursery, ahora también su nido de amores es un laboratorio.

La vida de los nuevos esposos transcurre en extremo sencilla. Su primera instalación, de una gran modestia, consiste en un pisito de tres habitaciones, situado en la Rué de la Glacière no lejos de la Escuela de Física. Es un departamento estrecho, pero con amplios horizontes: sus ventanas se abren sobre un vasto jardín. El ajuar, simple y estricto, se compone de muebles y objetos que antes pertenecieron a los padres del profesor. Pedro Curie no cuenta sino con un sueldo de seis mil francos al año; la justeza de estos recursos no permiten al matrimonio el lujo de tener criados, y es ella, la esposa, quien cuida de todos los menesteres del hogar. Al mismo tiempo se prepara a unas oposiciones que han de abrirle, en 1896, las puertas de la enseñanza. Y pasa el día casi entero en el laboratorio donde el director Schützenberger la ha autorizado a trabajar, junto a su marido. Son unos años de actividad frenética, inverosímil casi. Pedro Curie trabaja en un estudio sobre el crecimiento de los cristales; su mujer labora en torno a la imantación de los aceros templados. Uno se pregunta dónde esta mujercita menuda y pálida puede hallar energías para tener a punto los quehaceres domésticos, para ocuparse de las minucias de casa y de comida, con todas las preocupaciones inherentes a la distribución de un sueldo exiguo, y al mismo tiempo preparar y ganar unas oposiciones, entregarse a la desinteresada y apasionante investigación científica, y vivir

la vida del amor y de la maternidad. Solamente la predestinación de un espíritu genial y la estrecha colaboración de dos seres nacidos para la más íntima y absoluta unión espiritual e intelectual pudieron realizar el prodigio, deslumbrante en su misma sencillez.



Madame Curie realizando sus investigaciones

Las largas jornadas de trabajo, la austera vida doméstica, las hondas preocupaciones de la investigación científica (¡se acerca el alba del gran descubrimiento!) hallan su compensación y su equilibrio en los días de excursión campestre, vividos en plena naturaleza. Este sabio profesor de treinta y seis años, esta fervorosa amante de la Ciencia, de veintiocho, cogen los domingos sus bicicletas como dos estudiantes en vacaciones, y pedalean hasta alejarse de París, del laboratorio, de los cuidados profesionales; el corazón ligero y el ánimo gozoso. En la memoria de Madame Curie, son, años después, estos recuerdos los más radiantes de su vida. ¿Quién podría describir esos días como ella misma? Escuchémosla:

"Vivíamos muy unidos — cuenta — interesándonos en común por todas las cosas: trabajo teórico, experiencias de laboratorio, preparación de cursos o de exámenes. Durante once años de vida conyugal, apenas nos separamos nunca hasta el punto de que existen pocas líneas de correspondencia nuestra en esta época. Nuestras jornadas de reposo o de vacaciones estaban consagradas a excursiones a pie o en bicicleta, ya en los alrededores de París, ya a la orilla del mar, o por la montaña. La preocupación del trabajo era tan absorbente para Pedro Curie que difícilmente podía permanecer por algún tiempo en un lugar donde le faltasen los medios de trabajo. Apenas pasados unos días solía decir: "Me parece que hace muchísimo tiempo que no hemos hecho nada." En excursión, por el contrario, en el curso de jornadas sucesivas se sentía dichoso y gozaba plenamente de esos paseos que dábamos juntos como en otros tiempos había gozado en compañía de su hermano sin que, desde luego, la alegría de contemplar cosas bellas le impidiera pensar en

cuestiones científicas. Así recorrimos las regiones de Cevennes y los montes de Auvernia, así como las costas de Erancia y algunos de sus grandes bosques."

¡Auvernia, Cevennes, mar y bosque de la dulce Francia! Una nueva patria nace para el corazón, para los sentidos de la joven patriota polonesa. "Estas jornadas de aire libre y de bellas visiones — continúa — nos dejaban impresiones profundas que después nos era grato evocar. Un día de sol en que, después de una ascensión larga y penosa, atravesamos la pradera verde y fresca del Aubrac, en el aire purísimo de las altas mesetas, nos dejó un recuerdo radiante. Otro recuerdo, muy vivo, fue el de una tarde en que, retrasados a la hora del crepúsculo en la garganta del Truyére, nos sentimos particularmente atraídos por una tonada popular, que llegando de una barca que descendía al filo del agua, iba a perderse a lo lejos. Aquel día, habiendo calculado mal las etapas, no pudimos llegar a nuestro alojamiento hasta el alba; el encuentro con unas carretas cuyos caballos se asustaron de nuestras bicicletas nos obligó a cortar camino a través de los campos labrados; y reemprendimos la ruta sobre la alta meseta, bañada por la luz irreal de la luna, mientras las vacas que pasaban la noche en los cercados venían gravemente a contemplarnos con sus grandes ojos tranquilos."

"El bosque de Compiégne—continúa, complacida en estos gratos recuerdos — nos encantaba, cada primavera, por la belleza de sus verdes tiernos, por su tapiz de anémonas y flores silvestres; en el límite del bosque de Fontainebleau, las orillas del Loing, pobladas de ranúnculos, eran para Pedro Curie un lugar de maravilla. Y amábamos las costas de Bretaña, y las landas cubiertas de helechos y de juncos, extendiéndose hacia las puntas del Finisterre, semejantes a garras o dientes que se hundieran en la onda que las roe perpetuamente."

Toda preocupación de vida mundana, toda relación social de simple cumplido, quedaba excluida de la existencia del joven matrimonio. En cambio sus relaciones familiares, con los padres de Pedro Curie, con la familia de Jaime — que se había casado y tenía dos hijos — eran de una cordialidad extrema. En la villa de Sceaux donde vivían los viejos, la habitación de soltero de Pedro, estaba siempre dispuesta a recibir al matrimonio nuevo. "El hermano de mi marido — dice Madame Curie — llegó a serlo también para mí, y lo ha sido ya siempre." Hombres de Ciencia, profesores de la Sorbona, discípulos fervientes del sabio y de su mujercita, formaban también como un segundo círculo familiar en torno a Pedro y a María. Entre ellos, E. Gouy, profesor de la Facultad de Ciencias, de Lión; Ch.-Ed. Ouillaume, director de la Oficina Internacional de Pesos y Medidas, de Sévres; André Debiere, colaborador de los Curie en algunos trabajos sobre radioactividad; Georges Sagnae, que trabajó con Pedro Curie en un estudio sobre los rayos X; Paul Langevin, antiguo discípulo del profesor que llegó a ser catedrático del Colegio de Francia; Jean Perrin y Georges Urbain, también antiguos alumnos, y, después, ambos profesores de la Sorbona. Unidos por una amistad sincera y por unos ideales comunes, todos estos hombres bajo el techo del modesto hogar de los Curie, charlaban de sus experimentos recientes o futuros, de las ideas y teorías nuevas, y no se cansaban de escrutar y alabar el maravilloso desarrollo de la Física moderna. De entre ese grupo debía precisamente salir la más portentosa de sus maravillas.

* * *

El año 1897 trajo importantes cambios al hogar de los Curie. En el mes de septiembre nació la primera hija del matrimonio: Irene, la que, andando el tiempo, había de ser con su marido, continuadora de la tarea de sus padres. La llegada de la pequeña, sana y linda, llenó de gozo a los esposos y a sus padres, y al viejecito, sabio también, que se había quedado solo, allá en Varsovia. Este gozo, no obstante, fue, a poco, obscurecido por un gran pesar. Días después del nacimiento de Irene, Pedro Curie pasó por el dolor de perder a su madre. Entonces, el viejo doctor Curie se fue a vivir con su hijo, su nuera y su nieta recién nacida. Como la familia se había aumentado, en el doble de sus miembros, aunque las rentas no eran mucho mayores, pues el doctor Curie no salió nunca de pobre, hubo que buscar una casa más grande. Estaba lejos, en las fortificaciones de París (hoy

Bulevard Eellermann, 108), pero el parque de Montsouris le enviaba sus fragancias, y un pequeño jardín, propio, le daba rosas en junio y violetas en enero.

¡Una niña en la casa! ¡Una niña en la casa! Su sonrisa borró pronto la huella de toda pena. Pero... ¿Sabéis bien lo que significa ese hecho, al parecer tan sencillo, de una niña en la casa? Significa el hogar patas arriba, las costumbres alteradas, la organización del trabajo erizada de dificultades, la madre pendiente siempre, a todas horas, del alimento, de la salud, del humor o el capricho de su criatura. La energía de Madame Curie resistió, sin embargo, de manera admirable, aquella nueva prueba. Por uno de esos milagros que sólo pueden concebirse realizados por una mujer genial, que sea, además, una madre, ni la casa se resintió, ni a la nenita le faltó nunca nada, ni los trabajos del laboratorio — donde comenzaban a hallarse ya los primeros atisbos del prodigio — tuvieron jamás que interrumpirse. (Madame Curie ha sido siempre dada en ejemplo por el feminismo. Pero yo creo que es, al contrario, la femineidad lo que triunfa en ella.) Cuando la tarea científica lo exige, la pequeña queda encomendada al cuidado del abuelo más orgulloso de tal misión que de todos los diplomas de la Escuela de Medicina.

Se interrumpen, claro está, las largas y deliciosas excursiones a pie o en bicicleta a través de los amables caminos de Francia. Hay que renunciar, desde luego, a la transitoria vida nómada que hacía el encanto de Pedro Curie y de su mujercita, que era como una compensación natural, viva, a las largas jornadas de estudio y de trabajo, entre cristales y pedruscos, tubos, retortas y alambiques. Mas, no por eso pierden los Curie su contacto periódico con la naturaleza. Sin viajar, ni andar constantemente de un lado para otro, como hacían en los dos primeros años de casados, pasan sus vacaciones en algún lugarejo apartado, lo más simple y selvático posible, donde nadie les conoce y donde su vida es tan sencilla, que su presencia pasa inadvertida, distinguiéndoseles apenas de los habitantes de la región.

Un día, cuando ya las noticias sobre el descubrimiento del *radium* comenzaban a difundirse por el mundo, un periodista norteamericano se empeñó en obtener una entrevista con el matrimonio Curie. No pudo hallarles en París. De averiguación en averiguación fue a encontrarles en el Pouldu. Buscando a la gloriosa mujer de Ciencia, el periodista dio de manos a boca con una mujercita menuda, pálida y sencilla, vestida al estilo del país y sentada en los peldaños de piedra que daban acceso a su humilde casita.

— Yo soy Madame Curie — respondió, simplemente, a la primera pregunta del americano, mientras sacudía la arena de sus alpargatas.

Él, primero, se quedó estupefacto. Luego, sacando partido de la curiosa situación, se sentó, a su vez, en la escalera, y empezó a emborronar, en su cuaderno de notas las respuestas de la entrevista.

* * *

Un padre, una hija, un marido en la casa... María Sklodowska, ahora Madame Curie, es absolutamente dichosa en su vida conyugal. Sean cuales sean los anhelos que afuera la atraen, en su hogar — tan pobre, tan limitado —, no echa nada de menos. Es la suya una casa con un corazón. La desilusión no halla el menor resquicio por donde colarse. Mujer feliz, como muy pocas, no ha tenido que retroceder ni una pulgada en el alto suelo de su ensueño. La admiración fervorosa que por su marido siente, puede decirse que llena su vida entera.

"Él era — dice, largos años después — tanto y más de lo que pude soñar en el momento de nuestra unión. Constantemente aumentaba mi admiración por sus excepcionales cualidades, de un nivel tan raro y elevado, que se me aparecía, a veces, como un ser casi único, por su desprendimiento de toda

vanidad, y de esas pequeñeces que solemos descubrir en nosotros mismos y en los demás, y que solemos juzgar con indulgencia, mas no sin aspirar a un ideal más perfecto.

"Era este, sin duda — continúa, con palabras de enamorada— el secreto del encanto infinito que de él se desprendía, y al que no se podía ser insensible. Su rostro pensativo y la claridad de su mirada ejercían un gran atractivo. Esta impresión aumentaba, al tratarle, a causa de su benevolencia y de la dulzura de su carácter. Solía decir que no se sentía en absoluto combativo, lo cual era verdad. No se hubiera podido entablar con él una disputa, pues no sabía enfadarse. "No soy bastante fuerte para encolerizarme" — decía, sonriendo. Tenía pocos amigos, pero no tenía ningún enemigo, pues era incapaz de herir a nadie, ni aun por inadvertencia. Y sin embargo, nada podía hacerle desviar de su línea de acción, a causa de lo que su padre solía denominar su "dulce terquedad."

El amor de la esposa refleja, una por una, las facetas del carácter del hombre amado, en este retrato (1), difícilmente igualado por ningún biógrafo. "En fin, ¿qué decir de su amor por los suyos, y de sus cualidades de amigo? — añade, más adelante, la esposa colaboradora —. Su amistad, que él otorgaba raramente era segura y fiel, pues reposaba sobre una comunidad de ideas y opiniones. Más raro aún fue el don de su cariño, y ¡qué completo no fue ese don para su hermano y para mí! Su habitual reserva podía ceder a un abandono que dejaba establecerse la armonía y la confianza. Su ternura era el más exquisito de los regalos, tan segura y tan fiel, tan plena de dulzor y de solicitud. Era bien grato hallarse rodeado de esa ternura y bien cruel perderla, después de haber vivido en un ambiente impregnado de ella."

Así quiso, así admiró Madame Curie a su esposo. Pero ella no fue, menos amada. Es conmovedor el empeño del sabio en conocer la patria de su mujer, en aprender el idioma polaco, él que tiene escasa facilidad para las lenguas, y a quien jamás ha de ser útil tal conocimiento. En 1899, el matrimonio Curie hace un viaje a la Polonia austríaca, en los Cárpatos, donde una hermana de María, casada con el doctor Dluski, y doctora en Medicina ella también, dirigía, con su marido, un importante sanatorio. Hay un gran empeño por parte del profesor en identificarse con todos los sentimientos, con todos los afanes de su mujer, y una sincera simpatía por su país de origen así como una gran fe en el futuro restablecimiento de una Polonia libre.

Al escribirle, durante las escasas y brevísimas ausencias, se expresa con la mayor ternura, con esa ternura que era para ella el más exquisito de los regalos. "Pensando en mi amada, que llena toda mi vida — le dice — quisiera tener facultades nuevas; me parece que, concentrando mi espíritu exclusivamente en ti, como acabo de hacerlo, llegaré a verte, a seguirte en todo lo que hagas, y también a hacerte sentir que soy todo tuyo en este momento..."

Una dicha íntima semejante ha de verse nublada siempre por un temor inevitable: el de perderla. Tal temor es expresado por la propia Madame Curie (2) en sencillas palabras: "No teníamos motivos para tener gran confianza en nuestra salud ni en nuestras fuerzas — dice — con frecuencia sometidas a duras pruebas; de cuando en cuando, como les ocurre a los que saben el precio de la vida en común, el temor de lo irreparable venía a herirnos. Entonces el sencillo valor de Pedro Curie le llevaba siempre a la misma conclusión: "Suceda lo que suceda, aunque uno deba ser como cuerpo sin alma, habrá que seguir trabajando a pesar de todo."

Y llegó un día en que así fue.

(1) Les Grande Hommes de France: Pierre Curie, par Madame Curie. Payot.
(2) Madame Curie, obra citada.

CAPÍTULO V

El prodigio

Pero esta íntima felicidad, esta dicha apacible en un ambiente cordial y humilde, no era sino una parte — amada, pero pequeña — de la vida. Fuera, quedaba el ensueño científico, la tarea dura y apasionante en el laboratorio, la idea y el anhelo de la posible maravilla.

Todo era penoso, en aquel trabajo, pero todo magnífico. Tenían, para sus investigaciones, un mísero laboratorio improvisado : dos piezas destartadas, que constituían en verano un invernáculo cerrado, una nevera en el invierno. Mas, eso ¡qué importaba! Cuando el trabajo empezó a hacerse más apasionante, él y ella comenzaron a hacer allí su vida. "Almorzábamos y comíamos allí— explicaron, en cierta ocasión, a un periodista — dedicados enteramente a las investigaciones que habíamos emprendido y que nos apasionaban. A veces, cuando el frío nos vencía y nos ganaba el sueño, nos preparábamos una taza de té... y de nuevo a la tarea."

Otras veces, sin dejar de vigilar alguna operación en curso, paseaban, por su desnudo laboratorio, arriba y abajo charlando del trabajo presente y del futuro. "Vivíamos en una preocupación única, como en un sueño" — recuerda Madame Curie pasados treinta años.

Ahora: ¿cuál era ese sueño, cuál esa preocupación única? Dejemos que la misma Maga del Radium nos lo cuente. Su explicación es lo bastante sencilla para interesar aun a los profanos en cuestiones científicas, por lo que no vacilamos en extractarla aquí:

"Nos había llamado la atención un curioso fenómeno descubierto en 1896 por Henri Becquerel — explica Madame Curie (1) —. El descubrimiento de los rayos X por Roentgen excitaba entonces las imaginaciones, y numerosos físicos buscaban la posibilidad de hallar otros rayos semejantes en los cuerpos fluorescentes, bajo la acción de la luz. Henri Becquerel estudiaba desde este punto de vista las sales de uranium, y, como sucede muchas veces, encontró un fenómeno distinto del que iba buscando: la emisión espontánea, por las sales de uranium, de rayos de una naturaleza particular. "He aquí en qué consistía el fenómeno descubierto por Becquerel: un compuesto de uranium colocado sobre una placa fotográfica rodeada de papel negro, produce sobre ella una impresión análoga a la que podría causar la luz. La impresión es debida a los rayos uránicos que atraviesan el papel. Estos mismos rayos pueden, como los rayos X, producir la descarga de un electroscopio, sirviendo el aire que lo rodea como conductor. Henri Becquerel se aseguró de que estas propiedades no dependen de una insolación preliminar, y de que persisten cuando el compuesto de uranium se conserva en la obscuridad durante varios meses. Había, pues, que preguntarse de dónde provenía la energía, ciertamente mínima, pero constantemente desprendida de los compuestos de uranium, bajo forma de radiaciones. El estudio de este fenómeno nos pareció muy atractivo, tanto más cuanto que era enteramente nuevo, y no existía, sobre él, bibliografía alguna. Me decidí, por ello, a emprender un trabajo sobre este tema.

.....

"Para ensanchar los resultados obtenidos por Becquerel — continúa — era indispensable emplear un método cuantitativo preciso. El fenómeno que mejor se prestaba a la medida era la conductibilidad provocada en el aire por los rayos del uranium; este fenómeno, que lleva el nombre

de ionización, se produce también con los rayos X, y las investigaciones hechas a este objeto, revelaban los caracteres principales del fenómeno. Para medir las corrientes, muy débiles, que pueden hacerse pasar en el aire ionizado por los rayos del uranium, tenía yo a mi disposición un método excelente, estudiado y aplicado por Pedro y Jaime Curie, método que consiste en compensar, sobre un electrómetro sensible, la cantidad de electricidad por la corriente, por la que puede proporcionar un cuarzo piezoeléctrico... Mi instalación electrométrica, no estaba, desde luego, muy en su sitio, en el local desarreglado y húmedo donde hubo que colocarla.

"Mis experimentos demostraron que la radiación de los compuestos de uranium, puede medirse con precisión en condiciones determinadas, y que es una propiedad atómica del elemento uranium; su intensidad es proporcional a la cantidad de uranium contenida en un compuesto, y no depende ni del estado de combinación química, ni de circunstancias exteriores como la iluminación o la temperatura. Empecé entonces la tarea de investigar si existían otros elementos que poseyeran la misma propiedad, y con este objeto examiné todos los elementos entonces conocidos, ya en estado puro ya en estado de compuestos. Encontré que, entre estos cuerpos, los compuestos de thorium, son los únicos de que se desprenden rayos análogos a los del uranium. El rayonnement del thorium tiene una intensidad del mismo orden que el del uranium, y constituye, igualmente, una propiedad atómica del elemento. Yo propuse el nombre de radioactividad, que ha sido después generalmente adoptado. Los elementos radioactivos fueron denominados radioelementos.

"En el curso de mi investigación — prosigue — tuve ocasión de examinar, no solamente compuestos simples, sales y óxidos, sino asimismo un gran número de minerales. Algunos de ellos se me mostraron como radioactivos ; eran aquellos que contenían uranium o thorium, pero su radioactividad parecía anormal, mucho más fuerte de la que hubiera podido preverse de acuerdo con la contenida en el uranium y el thorium mismos.

"Esta anomalía nos causó gran sorpresa y, cuando estuve bien segura de que no se trataba de un error de experimento, fue necesario encontrar una explicación. Formé, entonces, la hipótesis de que los minerales de uranium y de thorium podrían contener en pequeña cantidad una substancia más fuertemente radioactiva que el uranium o el thorium mismos; esta substancia no podía formar parte de los elementos conocidos, pues todos ellos habían sido examinados; tenía que ser, pues, un elemento químico nuevo.

"Teníamos un apasionado interés en comprobar esta hipótesis lo más rápidamente posible. Vivamente interesado por la cuestión, Pedro Curie abandonó su trabajo sobre los cristales — provisionalmente, creía él — y se unió a mí en la rebusca de la nueva substancia.

"El mineral que habíamos escogido era la pechblenda, mineral de uranium que, en su estado puro, es casi cuatro veces más activo que el óxido de uranium. Siendo conocida la composición de este mineral por análisis químicos bastante precisos, podía esperarse encontrar el máximo de uno por ciento de la substancia nueva. Nuestra investigación vino a demostrarnos que había, efectivamente, radioelementos nuevos en la pechblenda, pero que su proporción no alcanzaba casi una millonésima.

"El método que habíamos empleado es un nuevo método de investigación química basado en la radioactividad. Este método consiste en efectuar separaciones por los medios ordinarios del análisis químico, y medir, en condiciones adecuadas, la radioactividad de todos los productos separados. De este modo, se puede apreciar el carácter químico del elemento radioactivo buscado; éste se concentra en las porciones que devienen cada vez más radioactivas a medida que progresa la separación. Pronto pudimos darnos cuenta de que la radioactividad se concentraba principalmente en dos fracciones químicas diferentes, y ello nos llevó a caracterizar en la pechblenda la presencia de, por lo menos, dos radioelementos nuevos: el polonium y el radium. En consecuencia,

anunciamos la existencia del polonium en julio de 1898, y la del radium en diciembre del mismo año.

"Mas, a pesar de estos progresos, relativamente rápidos, el trabajo estaba lejos de hallarse terminado. En nuestra opinión, había allí, sin duda alguna, elementos nuevos, mas, para hacer admitir esta opinión por los químicos, precisaba aislar estos elementos. Pues, en nuestros productos más fuertemente radioactivos (varios centenares de veces más activos que el uranium) el polonium y el radium no se hallaban aún sino en estado de atisbos, de trazas; el polonium se encontraba asociado al bismuto extraído de la pechblenda, y el radium acompañaba al baryum extraído del mismo mineral. Sabíamos ya por qué medios podía llegar a separarse el polonium del bismuto y el radium del baryum, pero esta separación exigía cantidades de materias primas mucho mayores que las que habíamos tratado.

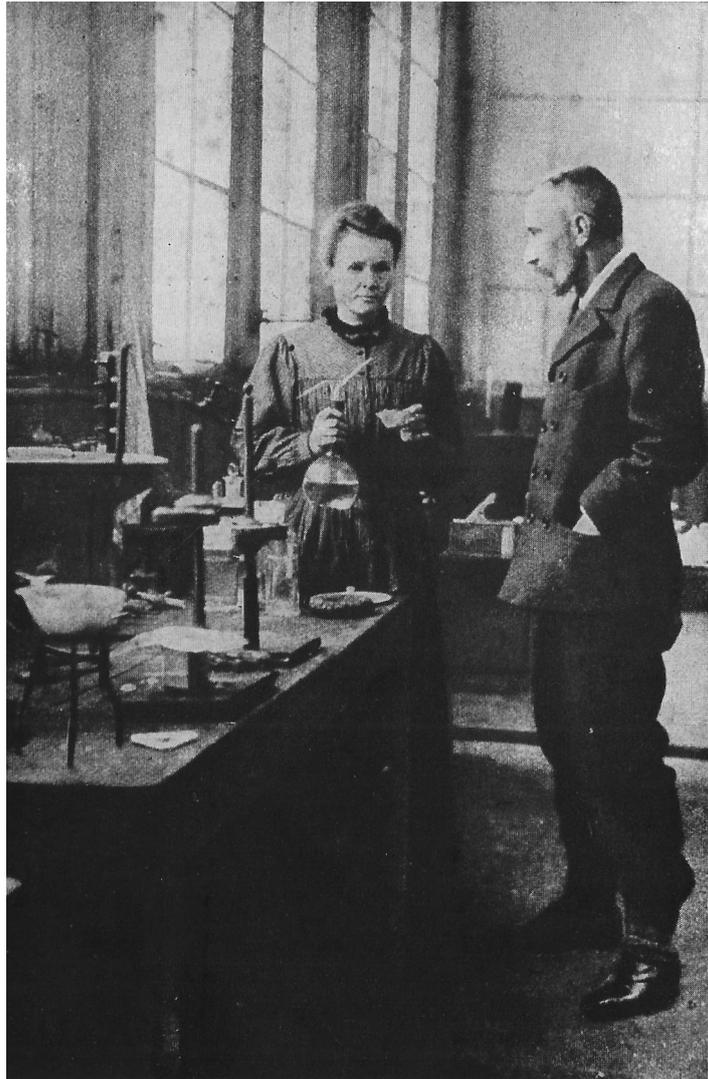
"Fue en este período de nuestro trabajo cuando nos perjudicó notablemente la falta de medios adecuados: falta de local, falta de dinero y de personal. La pechblenda era un mineral costoso y no podíamos comprarlo en cantidad bastante. La principal fuente de este mineral estaba entonces en Saint-Joachimsthal (Bohemia), donde se encontraba una mina explotada por el Gobierno austríaco con vistas a la extracción del uranium. Según nuestras precisiones todo el radium y una parte del polonium debían encontrarse en los residuos de esa fabricación, residuos que entonces no se utilizaban para nada. Gracias al apoyo de la Academia de Ciencias de Viena, habíamos podido procurarnos varias toneladas de ese residuo en condiciones ventajosas, y lo habíamos empleado como materia prima. Para subvenir a los gastos de las operaciones nos fue preciso, primero, echar mano de nuestros propios recursos; más tarde tuvimos algunas subvenciones y ayudas exteriores.

"Una cuestión particularmente grave era la del local: no sabíamos ya dónde efectuar nuestras diversas operaciones químicas. Nos fue preciso organizarlas en un hangar abandonado, separado por un patio del taller donde teníamos nuestra instalación electrométrica. Era una barraca de tablas con techo de vidrios que nos protegían contra la lluvia de modo muy incompleto, y desprovisto de todo mobiliario; por todo material teníamos unas mesas de pino usadas, una estufa de carbón que calentaba de modo muy insuficiente, y la pizarra negra que Pedro Curie utilizaba siempre. No había respiraderos para las manipulaciones que desprenden gases nocivos, y, por tanto, teníamos que ejecutar esas operaciones en el patio, cuando el tiempo lo permitía, o en el interior, dejando las ventanas abiertas.

"En este laboratorio improvisado trabajamos casi sin ayuda durante dos años — continúa Madame Curie en su sencilla y elocuente explicación del gran descubrimiento — ocupándonos conjuntamente del trabajo químico y del estudio de los rayos producidos por los productos, cada vez más activos, que íbamos obteniendo. Después, fue necesario separar el esfuerzo; Pedro Curie continuó la investigación sobre las propiedades del radium, mientras yo seguía los tratamientos químicos, en busca de la preparación de sales de radium puras. Así llegué a manipular hasta veinte quilos de material a la vez, lo que tuvo por resultado llenar nuestro hangar de grandes vasos rebosantes de precipitados y de líquidos, siendo, ciertamente, una tarea extenuante la de transportar los recipientes, trasvasar los líquidos y remover durante largas horas, por medio de una varilla de hierro, la materia en ebullición. Yo extraía del mineral el baryum radífero, y éste, en estado de cloruro, era sometido a una cristalización fraccionada. El radium se acumulaba en las porciones menos solubles, y este procedimiento debía conducirnos a la separación del cloruro del radium puro. Las delicadísimas operaciones de las últimas cristalizaciones eran estropeadas, casi siempre, en este laboratorio tan mal adaptado, por el polvillo de hierro o de carbón, del que no me era posible protegerlas debidamente.

"Los resultados obtenidos al cabo de un año indicaban claramente que sería más fácil separar el radium que el polonium; por eso concentramos nuestros esfuerzos hacia este lado. Las sales de

radium obtenidas eran sometidas a investigaciones para estudiar sus efectos. Algunas muestras de esas sales fueron prestadas por nosotros a varios sabios, en particular a Henri Becquerel. Durante los años 1899 y 1900, Pedro Curie y yo publicamos una memoria sobre el descubrimiento de la radioactividad inducida, provocada por el radium; otra, sobre los efectos producidos por los rayos: efectos luminosos, efectos químicos, etc.; otra, en fin, sobre la carga eléctrica transportada por algunos de sus rayos, y, en fin, una comunicación general sobre las nuevas substancias radioactivas y sobre sus radiaciones, para el Congreso de Física que tuvo lugar en París en 1900. Este Congreso nos proporcionó la ocasión de hacer conocer más de cerca, a los sabios extranjeros, nuestras nuevas materias radioactivas, que fueron uno de los puntos sobre los cuales se concentró el mayor interés del Congreso."



Los esposos María Sklodowska y Pedro Curie, trabajando en su laboratorio

Pasamos por alto algunos detalles estrictamente científicos sobre la naturaleza y categorías distintas de los rayos emitidos por el radium, pero, ¿no es, en su sencillez, un relato conmovedor el que esta mujercita rodeada de toneladas de mineral nos hace de sus penosos e ilusionados trabajos, de esas tareas ímprobos en la rebusca de un rastro del nuevo elemento maravilloso, que se ven malogradas por un impalpable polvillo de carbón o de hierro? Voluntariamente trata de esquivar la gloria propia, individual para fundirla con la del esposo y colaborador, mas, no resulta difícil desprender del relato la parte primordial que la constancia, el tesón, la clarividencia, el genio de Madame Curie tuvieron en el descubrimiento. Pedro Curie cambia de tarea, una vez y otra; más imaginativo, más inquieto, no soporta la monotonía de la rebusca, en la cual su mujer no ceja durante dos años seguidos, dando

a la tarea energía, espíritu, salud, vida. Verdad es que el menor resultado la compensa del esfuerzo, y que hay detalles prodigiosos...:

"Sentimos un gozo particular al observar que nuestros productos concentrados en radium eran todos espontáneamente luminosos" — explica la ilustre mujer. Pedro Curie, que había anhelado verles presentar bellas coloraciones, debió reconocer que esta particularidad inesperada le proporcionaba una satisfacción superior a la que había ambicionado... "Muchas noches — recuerda — volvíamos al laboratorio, después de cenar, para echar una ojeada sobre nuestro dominio. Nuestros preciosos productos, para los cuales no teníamos adecuado abrigo, estaban dispuestos sobre las mesas y las tablas; desde todas partes se divisaban sus siluetas débilmente luminosas, y estos resplandores, que parecían suspensos en la obscuridad, eran para nosotros causa siempre renovada de emoción y maravilla..."

¡Resplandores realmente maravillosos esos de la piedra misteriosa de la cual emana, no sólo la luz, sino la vida! Pues que esas siluetas luminosas anunciaban la victoria sobre la enfermedad, sobre la muerte, para una gran parte de adolorida humanidad.

* * *

Madame Curie relata, en las páginas transcritas más arriba, buena parte del proceso de su descubrimiento. Su modo de ser, austero, recatado y modesto, unido al gran fervor que siente por el compañero, la llevan, sin embargo, a dejar siempre su propia figura un poco en sombra. Por ello pasa por alto algún detalle que han divulgado sus discípulos.

En una de las pruebas decisivas, por ejemplo, que después de una labor de años venía como a marcar el instante álgido y decisivo del descubrimiento, es ella, tan débil, tan menuda, tan femenina, quien sostiene la energía, el espíritu. Es un ensayo íntimo. Un grupo de amigos, hombres de Ciencia todos — Urbain, Perrin, Debierne — ha sido invitado a la prueba, que debe mostrar algunas de las propiedades de la nueva substancia, desconocida, prodigiosa. Y en el instante supremo, el sabio Pedro Curie se estremece, casi solloza, dijérase que va a desmayarse: su emoción, su flaqueza, están a punto de malograr, una vez más, el definitivo ensayo. Y es ella, la frágil mujercita, con aquellas sus manos que, día a día, se ocupan en los humildes menesteres domésticos, pero también con aquel su cerebro de una rara potencia quien, imponiéndose a todo y a todos, halla en sí misma fuerza, serenidad para terminar la prueba, y salir airosa, triunfante, del ensayo, ante el asombro de todos, aun del propio marido... La pequeña Irene corretea — tal vez — muy cerca, curioseando el laboratorio, que ha de ser también su cuarto de juegos.

Y he aquí, en parte, explicado cómo se realizó el descubrimiento de uno de los mayores prodigios de nuestro tiempo prodigioso: el del "radium, manantial inagotable de energía, que, como el Sol en el sistema planetario, es en el sistema científico, la omnipotencia suma"; el radium, merced al cual "lo mismo se repone un tejido que un órgano, una infancia que una vejez" ; el radium vivo y eterno "que da calor de un modo indefinido, sin que su fuerza ni su peso se alteren; que presta su potencia sin consumirse; que parece querer desafiar a la naturaleza mortal..."

(1) Madame Curie, obra citada.

CAPÍTULO VI

La gloria

Al comenzar el siglo xx, las comunicaciones son lo bastante rápidas para que el descubrimiento científico que asombra a los sabios de París, maravilla, casi al unísono, a los de Londres, Berlín, Estocolmo y Nueva York. El telégrafo, el teléfono, el cable, traen y llevan por todas las rutas de la Tierra las noticias de las pasmosas propiedades de los radioelementos, de las aplicaciones fantásticas de la radioactividad.

Se cuenta y no se acaba. He aquí un descubrimiento de incalculables consecuencias para el porvenir de la Física y la Química. He aquí algo que echa abajo todas las viejas teorías sobre la constitución de la materia; que, abriendo nuevos horizontes a la Ciencia, va a permitirnos penetrar en el misterio de la estructura del átomo... Apenas descubierto el nuevo elemento, se plantea la cuestión de la influencia que puede ejercer sobre los seres vivos. Henri Becquerel, llevando en el bolsillo del chaleco un tubo de cristal con una sal de radium, se ha causado una intensa quemadura. Pedro Curie somete su propio brazo durante algunas horas a la acción del radium, y sufre, a su vez, una quemadura (una radiodermatitis, diríamos hoy) que tarda varios meses en curar. Madame Curie — ella, precisamente — logra, después de nueva y penosa tarea ímproba, obtener el radium en estado de metal... Comienza a investigarse la influencia biológica de este nuevo elemento, cuya actividad es superior a toda previsión, la posibilidad de sus aplicaciones terapéuticas que pronto va más allá de toda fundada esperanza. En el Hospital de San Luis, la Medicina ensaya, con éxito clamoroso, el tratamiento por el radium para la curación del lupus y otras lesiones de la piel. Después ¡oh, el gran prodigio! se comprueba que el radium destruye las células cancerosas, los fibromas, etc. He aquí, pues, la posibilidad de luchar y vencer a esa lacra repugnante, espantosa, a ese azote tremendo, obsesionante, que es el cáncer. He aquí lo que un hombre y una mujer, unidos en el amor, y en la Ciencia, y en la perseverante voluntad, acaban de encontrar rodeados de toneladas de residuos minerales y de vasijas repletas de líquidos en ebullición, en un mísero cobertizo situado en las fortificaciones de París.

El apellido Curie — él y ella — traído y llevado a todos los vientos de la rosa, se hace famoso de la noche a la mañana. Mas la fama y la fortuna no llegan al mismo tiempo para el matrimonio Curie, y la lucha por los medios de trabajo, a fin de desarrollar plenamente los resultados del descubrimiento, se hace cada día más dura. La vida llega a parecer tan difícil que el profesor Curie está casi decidido a aceptar una cátedra de Física que se le ofrece en la Universidad de Ginebra y que, cuando menos, le asegura una buena situación material, con una posibilidad de existencia tranquila... Pero esto significaría la interrupción del trabajo emprendido. La propia vocación y la oportuna protección de Henri Poincaré evitan que el sabio y su compañera salgan de Francia. Una cátedra en París, para el profesor, y el encargo de una serie de conferencias sobre Física en la Escuela Normal Superior de Señoritas, en Sévres, para la esposa, parecen resolver el problema económico del sabio matrimonio. Y, en lo inmediato, lo resuelven. Pero ello a costa de complicar más el conflicto del trabajo, pues claro está que, teniendo él y ella más horas ocupadas disponen de menos tiempo para dedicarlo a los trabajos de investigación. Otra complicación es la busca de un lugar adecuado para instalar el laboratorio; otra, en fin, la ineludible necesidad de hallar la ayuda de medios industriales para el tratamiento de la materia prima y la formación e instrucción de personal. Fácil es comprender que tales problemas consumían entera la energía, la actividad y los ingresos de la familia Curie. Tanto más, cuanto que el ilustre profesor y su insigne mujer no trataron jamás de

convertir sus descubrimientos científicos en fuente de provecho material. "Como nuestros trabajos habían determinado un movimiento científico general, otros ensayos análogos fueron emprendidos en el extranjero — explica Madame Curie —. Pedro Curie adoptó, en esta circunstancia, la actitud más desinteresada y más liberal. De acuerdo conmigo, renunció a sacar ningún provecho material de nuestro descubrimiento; en consecuencia, no sacamos patente alguna, y publicamos, sin ninguna reserva, todos los resultados de nuestras investigaciones, así como los procedimientos de preparación del radium. Además, dimos a los interesados todas las instrucciones que se nos solicitaron. Esto fue, sin duda, un gran beneficio para la industria del radium, que pudo desarrollarse con plena libertad, primero, en Francia, luego en el extranjero, ofreciendo a sabios y a médicos los productos que necesitaban. Desde luego, esta industria utiliza hoy todavía y casi sin modificaciones, los procedimientos que nosotros habíamos indicado." Esta industria, naturalmente, debió desenvolverse en condiciones especiales, a causa del coste, cada día aumentado, de los minerales en explotación, y de la ínfima cantidad de radium que podía formarse con la manipulación de toneladas de esos minerales. De aquí el precio elevadísimo del radium: en aquella época unos 750 francos el miligramo. Después este precio ha ido elevándose aún.

De todos modos, aun entre tantas dificultades, los Curie van ascendiendo hacia la gloria. Ya en 1901 la Academia de Ciencias les había otorgado el Premio Lacaze. En 1903, la Royal Institution, de Londres, les invitó a ir a dar una conferencia sobre el radium. El mayor entusiasmo les rodeó en tal ocasión, siendo el joven matrimonio aclamado por los más grandes sabios del mundo. Crookes, Ramsay, Dewar, que eran los mayores prestigios científicos del día, les rindieron su homenaje, y el anciano lord Kelvin "que conservaba un interés siempre joven por la Ciencia" mostraba a todos, con satisfacción conmovida, una ampollita de cristal conteniendo un gramo de sal de radium que le había dado Pedro Curie. Algunos meses después la misma Royal Institution, de Londres, concede a los dos la Medalla Davy, uno de los más altos galardones del mundo científico... Como antes el estudio, el trabajo, la lucha, la embriaguez del descubrimiento — como siempre el amor —, ahora los esposos Curie, en su fecunda madurez, comparten, estrechamente unidos, en las horas amables como en las difíciles, el renombre, la fama. En ese mismo año 1903, el ambicionado Premio Nobel, puerta de la fortuna y de la gloria, cumbre de muy pocas vidas excepcionales, se les otorga también a los dos. Únicamente el galardón de la Legión de Honor le fue ofrecido por el Gobierno francés a Pedro Curie solo..., y el insigne sabio se negó a aceptarlo.

— Nunca consentiré — dijo en tal ocasión — que se me conceda un honor del cual no participe mi esposa, que es también mi colaboradora. Cuanto yo pueda merecer, ella lo merece tanto como yo... por lo menos — afirmó luego. Y no ostentó jamás su solapa la roja cinta de la honorífica Legión. ¡El Premio Nobel! Había sido fundado en fecha todavía reciente (1901) y así, nuevecito, flamante, con su hondo y magnífico rastro de prestigio, de gloria, de provecho espiritual y material llegaba a manos de esta pareja de infatigables luchadores, de este hombre y esta mujer geniales y modestos. Regalo de la vida, bien merecido, mas que no ha de servir para detenerse en el descenso, sino mejor para seguir más derecho el camino. Bajo el aspecto espiritual la obtención del Premio Nobel colocaba al matrimonio Curie en un plano de altura en que todas las puertas habían de abrirse a sus anhelos; en el aspecto pecuniario les proporcionaba la indispensable holgura para trabajar sin estrechez ni agobio de lugar ni de tiempo.

Pedro Curie pudo dejar su cátedra de la Escuela de Física en las manos de Paul Langevin, uno de sus antiguos discípulos y físico de gran competencia, y los esposos pudieron tomar, a sus expensas, un preparador particular que les ayudara en sus trabajos.

Mas, ¡ay! la fama, la gloria, la popularidad, tienen dos caras. Una que encanta, otra que agobia. Gentes modestas habituadas al recinto cerrado de su sencilla y limitada vida íntima, al santuario científico de su laboratorio, los Curie se hallaron, de la noche a la mañana, zarandeados por la publicidad hecha en torno a su nombre, traídos y llevados, aturridos por una avalancha de visitas,

de cartas, de peticiones de artículos y conferencias, causas constantes de pérdida de tiempo, de enervamiento y de fatiga. Pedro Curie, de carácter menos firme que su mujer, dolíase de tener que contestar a una solicitud con una negativa, y acababa accediendo ; ella, más enérgica y sagaz se daba Cuenta de que era imposible acceder a todas las solicitudes que les abrumaban, sin que ello trajera funestas consecuencias para su salud, para la paz de su espíritu, y — esto sobre todo — para su trabajo...

¡La fama, la gloria, la popularidad! ¿Queréis ver su rostro más temible? Asomaos conmigo a los amarillentos pliegos de unas cartas escritas en esa época brillante por esta pareja de sabios a quienes popularidad, gloria y fama mimaron tanto, que la vida, el trabajo — el trabajo es su vida — ha empezado a hacérseles imposible:

"Como puede usted ver — escriben a E. Gouy — la fortuna nos favorece en este momento, pero estos favores de la fortuna traen consigo innúmeros fastidios. Jamás habíamos estado menos tranquilos que ahora. Hay días en que no tenemos tiempo ni de respirar. ¡Y decir que habíamos soñado con vivir como salvajes, lejos de los seres humanos!"

Y, en otra carta, dirigida ésta a Ch.-Ed. Guillaume, corroboran: "Se nos piden artículos y más artículos, conferencias y más conferencias, y, cuando pasen los años, estas mismas gentes que hoy nos los piden, se asombrarán de ver que no hemos trabajado."

Pero acaso las siguientes cartas son aún más expresivas:

22 enero 1904

"Mi querido amigo (1) : Hace tiempo deseaba escribirle; excúseme si no lo he hecho. Tiene la culpa la vida estúpida que llevamos en estos momentos. Ya habrá usted visto esa súbita locura por el radium. Ella nos ha valido todas las ventajas de un momento de popularidad. Hemos sido perseguidos por periodistas y fotógrafos de todos los países del mundo; han llegado hasta a reproducir la conversación de mi hija con su niñera, y a describir el gato blanco y negro de casa; nos han llovido también peticiones de dinero en gran número y, en fin, coleccionistas de autógrafos, snobs, gentes de sociedad, y hasta, en algunos casos, gentes de Ciencia, han venido a vernos al magnífico local de la calle Lhomond que usted conoce. Con todo esto, ni un instante de tranquilidad en el laboratorio, y una voluminosa correspondencia que despachar todos los días. Bajo este régimen, siento que me invade el embrutecimiento..."

31 enero 1905

"He debido renunciar a ir a Suecia. Estamos, como usted puede ver, completamente en falta con la Real Academia. A decir verdad, no puedo sostenerme sino evitando toda fatiga física. Mi mujer está en el mismo caso que yo, y no hay que pensar ya en las grandes jornadas de trabajo de otros tiempos.

"Como tarea, no hago nada por el momento; con mis cursos, los discípulos, los aparatos a instalar y la procesión interminable de gentes que vienen a estorbarnos sin una razón seria, la vida se pasa sin conducirnos a nada útil."

24 julio 1905

"Mi querido amigo: Hemos sentido de veras vernos privados este año de su visita, y esperamos verle en octubre. Si no se reacciona, de cuando en cuando, se acaba por perder de vista a los amigos

mejores y más simpáticos, mientras se frecuenta a otras personas, únicamente porque se tiene fácil ocasión de encontrarlas.

"Llevamos siempre la misma vida de gentes demasiado ocupadas para hacer nada interesante. He aquí transcurrido más de un año en que no he realizado ningún trabajo ni he tenido un momento mío. Evidentemente, no hemos encontrado todavía el modo de defendernos contra la pérdida de nuestro tiempo, lo que nos es, por otra parte, bien necesario. Es una cuestión de vida, o muerte, desde el punto de vista intelectual."

Estas cartas revelan, hasta qué punto el matrimonio Curie, llegado a la cima, echaba de menos sus días de avance por lo más escarpado del camino; aquellos días en que, eso sí, ni una sola hora, ni un solo minuto, habían dejado de ser fecundos... Su nueva situación en el mundo de la Ciencia, implicaba también un cambio de vida y de horizonte. Dándose la anomalía de que Pedro Curie, que tenía a los cuarenta y cinco años un puesto de primera fila entre los sabios de Europa, ocupase, en la enseñanza de su país, una posición inferior, se produjo una corriente de pública opinión en favor suyo; y bajo la influencia de esta corriente el rector de la Academia de París, Monsieur Liard, pidió para él, al Parlamento, la creación de una cátedra de profesor en la Sorbona. Al comienzo del año escolar 1904-1905, Pedro Curie fue nombrado profesor titular en la Facultad de Ciencias de París, y su esposa jefe de trabajos del laboratorio adjunto. Un año más tarde ambos dejaban la Escuela de Física, donde se habían conocido.

"No sin pena dejamos la Escuela de Física — cuenta Madame Curie — donde habíamos vivido jornadas de trabajo tan dichosas, aunque en condiciones más que difíciles. Nuestro viejo hangar nos era particularmente querido; el barracón subsistió aún algunos años en estado de abandono creciente, y, más de una vez, fuimos a visitarlo..."

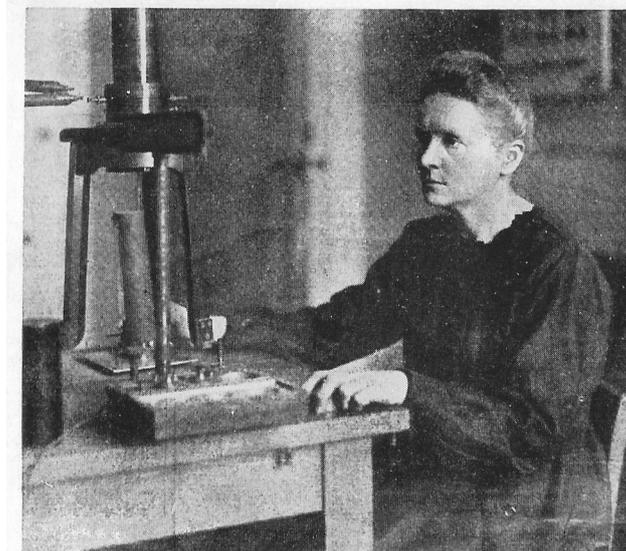
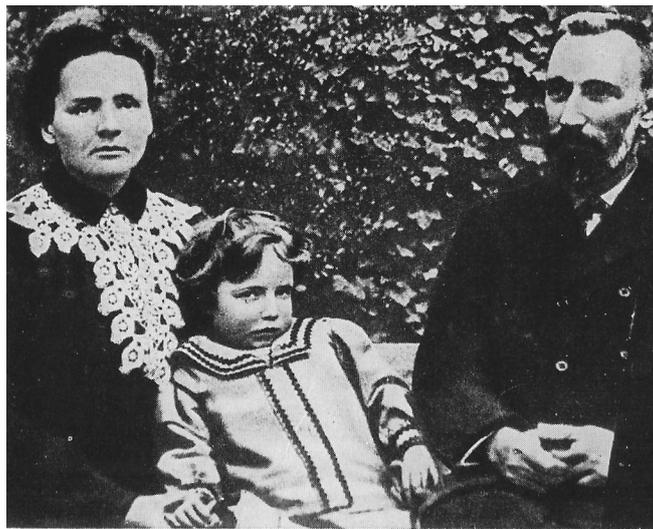
Trastornos de salud, de trabajo, de tiempo (¿o fue, acaso, su propia, invencible, modestia?) impidieron al matrimonio Curie ir a Estocolmo a recoger el Premio Nobel en la solemne ceremonia de entrega. Sólo en el mes de junio de 1905, pudieron emprender el viaje a Suecia, en cuya Real Academia pronunció Pedro Curie su Conferencia Nobel. El nórdico país, en todo el esplendor de los días estivales, les sedujo como la más dulce y la más espléndida de sus amadas excursiones, y la acogida llena de admiración y simpatía, que la nación entera les rindió, fue — para él, para ella — la más grata y brillante de las apoteosis.

* * *

¿Qué evolución han seguido el carácter, la psicología, los ideales de Madame Curie, en estos años de lucha y de victoria?... La tímida y apasionada estudiante polaca es ahora más enérgica y más firme; su salud es más flaca, pero su actividad se ha centuplicado. El ensueño de la independencia de Polonia (que el cataclismo de la guerra mundial ha de acelerar, pasados pocos años) se ofrece a su espíritu como un carísimo anhelo de juventud, amado y justo, mas lejano. Parejo a su ideal científico — cada día más claro y más preciso — va su afán de "servicio" humanitario : se interesa especialmente por la higiene de la mujer y el niño. Habla con igual facilidad el inglés, el francés y el polaco. Es, en el laboratorio, la austera y decidida "jefe de faena", cubierta, desde el cuello a los pies, con la alba bata blanca, y, en casa, la suave mujer de hogar, infatigable en el cuidado de los hijos, del marido, del suegro, ese bondadoso doctor Curie, que es, aún y siempre, en la familia, un padre y un amigo.

Pero el sentimiento que manda a todos y sobre todos domina en la genial mujer, es el del fervor constante, ilimitado, por su marido y compañero. En cada fase de su vida, le admira como bajo una luz nueva y más brillante. Su labor en la cátedra la complace y maravilla. Se recrea en asistir a la plenitud del desarrollo de su personalidad, en observar y anotar sus méritos, como si tuviera el

presentimiento de la cruel separación próxima. "Sus facultades intelectuales — recuerda, en el penúltimo capítulo de su obra *Fierre Curie* — estaban entonces en pleno desarrollo ; eran verdaderamente admirables la seguridad y el rigor de sus razonamientos sobre las teorías de la Física, su comprensión clara de los principios fundamentales, y un cierto sentido profundo de los fenómenos que era en él instintivo, pero que lo había formado y perfeccionado en el curso de toda una vida consagrada a la investigación científica. Su habilidad experimental, notable desde sus comienzos, habíase aumentado con la práctica. Experimentaba un placer de artista en realizar un montaje delicado. Le complacía, asimismo, en imaginar y construir aparatos nuevos, y, muchas veces, bromeando, solía yo decirle que no podía ser feliz si no hacía un ensayo de este género, por lo menos cada seis meses. Su curiosidad natural, y la vivacidad de su imaginación le llevaban a interesarse en direcciones muy diversas; podía cambiar de objeto de investigación con una ductilidad sorprendente. Era, también, extremadamente celoso de su probidad científica."



*En la parte superior: Los esposos Curie con su hija Irene.
En la inferior: Madame Curie en su laboratorio.*

No nos cansaríamos de reproducir las frases en que Madame Curie, al trazar el retrato del sabio expresa su inmensa admiración por el hombre elegido. La gloria no la desvanece, pero sí la asusta la dicha de poseer tal compañero. Al fin, nuestras devociones, ¿no son la clave de nuestro carácter y la medida de nuestro mérito? "He intentado evocar la imagen de un hombre — dice hacia el fin de su fervoroso trabajo biográfico — que, consagrado inflexiblemente al servicio de su ideal, ha honrado

a la humanidad por una existencia de trabajo realizado en silencio, en la sencilla grandeza de su genio y de su carácter. Poseía la fe de los que han sido elegidos para abrir rutas nuevas; sabía que tenía una alta misión que cumplir, y el ensueño místico de su juventud le empujaba, invenciblemente, fuera del camino usual de la vida, hacia una vía que él denominaba antinatural, pues significaba el renunciamiento a la dulzura de la existencia. Sin embargo, resueltamente, subordinó a este ensueño pensamientos y deseos; se adaptó e identificó de la manera más completa. No creyendo sino en el poder pacífico de la Ciencia y la razón, vivió para la investigación de la verdad. Sin prejuicios ni parti pris, aportó la misma lealtad al estudio de las cosas que a la comprensión de los demás hombres y de sí mismo. Desprendido de toda pasión vulgar, no buscando ni la supremacía, ni los honores, no tuvo nunca enemigos, a pesar de que el esfuerzo realizado sobre sí mismo había hecho de él uno de esos seres de selección que, en todas las épocas de la civilización se encuentran avanzados con relación a su tiempo. Lo mismo que éstos, él podía ejercer una influencia profunda, por la sola irradiación de su potencia interior.

"Es útil — termina — comprender lo que una existencia semejante representa de sacrificio. La vida del gran sabio en su laboratorio no es, como muchos creen, un idilio apacible; es, con mayor frecuencia, una terca lucha con las cosas, con el ambiente, y, sobre todo, consigo mismo. Un gran descubrimiento no surge del cerebro del sabio completamente acabado, como Minerva surgió completamente equipada de la testa de Júpiter: no es sino el fruto de una previa labor acumulada. Entre jornadas de producción fecunda vienen a intercalarse jornadas de incertidumbre en que nada parece responder al esfuerzo, en que la materia misma parece hostil, y es entonces cuando hay que resistir al desaliento. Sin jamás apartarse de su infatigable paciencia, Pedro Curie me decía algunas veces: Y sin embargo, es dura esta vida que hemos elegido."

(1) Esta carta y las dos que siguen eran dirigidas también a B. Gouy y firmadas por Pedro Curie, y reflejan con exacta elocuencia cual era la agobiada vida del sabio y de su mujer en esa época.

CAPÍTULO VII

La tragedia

Aparte la gloria, y las complicaciones externas que ella había traído, la vida íntima, en el hogar de los Curie, siguió siendo por un esfuerzo de voluntad común, tan sencilla y tan retirada como lo fuera en los años de obscuridad y de penuria. Aparte la gloria, esa dura existencia que él y ella habían elegido, tenía también sus compensaciones, sus dulzuras.

Hacia fines del año 1904, una segunda hija vino a poner la luz de su sonrisa en la modesta casita del Boulevard Kellermann, donde vivía ahora el matrimonio, siempre en compañía del viejo doctor Curie, y en la sociedad de algunos — pocos y buenísimos — amigos. La madre, fatigada con exceso por el trabajo ímprobo de los últimos tiempos, no se repuso tan de prisa como siete años antes, al nacer su Irene... Mas, la recién llegada, que recibió el nombre de Eva-Dionisia, era un encanto de criatura: una niñita de raso y nieve, de belleza tan delicada y fina como la de María Sklodowska, si bien más vivaz, más expresiva y más radiante.

Graciosa y zalamera, Eva fue la muñeca de su madre, mientras el sabio encontraba ya en la pequeña Irene, ¡una mujercita de siete años!, la compañerita de sus paseos, que grave y reflexiva, se interesaba por las más difíciles e inesperadas cuestiones, preguntando con insaciable curiosidad, a la que Pedro Curie respondía también muy serio, gozándose en el desenvolvimiento progresivo de aquella infantil y despierta inteligencia.

¿Era la dicha? Sí; era la dicha. A los cuarenta y ocho años, Pedro Curie estaba en la cima de su carrera científica; María Sklodowska Curie en la plenitud de su existencia de esposa, de madre, de compañera del gran sabio. Dos niñas sanas y lindas en la casa eran lazo tendido al porvenir, vaso henchido de ilusiones y afectos; en el laboratorio, en la cátedra, la tarea, el trabajo, daban un sentido espléndido y fecundo a la dura y abnegada labor de tantos años... Es la dicha, en efecto, una dicha simple y honda, sin una sola concesión al afán de lujos o de honores, sin la menor vacilación en la línea recta seguida...

Después del acontecimiento del viaje a Suecia, en la primavera de 1906, la familia Curie gozó de una de aquellas estancias en el campo que les eran tan gratas. Transcurrían las breves vacaciones de Pascua, y Pedro Curie, agotado, casi enfermo, quiso ir con su mujer y sus pequeñas a pasar aquellos días en el risueño valle de Chevreuse. El sol se mostró espléndido, en aquellas mañanas, y marido y mujer, jugando en los prados con las niñas, recordaban, gozosos, los tiempos de sus largas y accidentadas excursiones en bicicleta en los primeros años de casados. Se acercaban al agua como entonces en busca de ranúnculos y plantas acuáticas; disfrutaban a pleno pulmón de un reposo que ya muy rara vez les era permitido. Con mayor rapidez de lo que podía esperarse, la fatiga de Pedro Curie cedió a aquella singular dulzura, y en pocos días, sintióse, de nuevo otro hombre, apto para la lucha y el trabajo.

¿Por qué pasaron aquellas horas tan de prisa? Todo era en ellas suave; el aire perfumado de los prados, los balbuceos de la pequeña Eva, queriendo lanzarse, desde los brazos de su madre, en persecución de mariposas blancas y azules, el interés de Irene por los misterios de la Botánica, que su padre le iba desentrañando. El sabio y su mujer no se cansaban de hacer proyectos para el porvenir...

El término de las vacaciones y la convocatoria para una reunión de la Sociedad de Física, llamaban apresuradamente a Pedro Curie a sus habituales ocupaciones de París. Asistió a la sesión y más tarde a una comida organizada por la Sociedad en la que, como de costumbre, le acompañó su mujer. Sentado al lado de Henri Poincaré, habló animadamente acerca de los métodos de enseñanza... Al regresar a su casa, bien entrada la noche, quiso ir a pie, prolongando con su mujer la emprendida charla sobre ideales de cultura, que Madame Curie compartía con él.

Al día siguiente (19 de abril de 1906; día negro bajo el claro cielo del París abribeño), Pedro Curie asistió a la reunión de la Asociación de Profesores de las Facultades de Ciencias. Al salir de esta reunión, mientras atravesaba la calle de la Deliina, fue arrollado por un camión que desembocaba del Puente Nuevo. Quedó muerto, casi en el acto.

En el gabinete de trabajo lucían frescos aún los ranúnculos de agua traídos la víspera, con tanto gozo, del valle de Chevreuse.

* * *

La noticia de esta inesperada catástrofe, que así quebraba, en plenitud, una de las vidas más fecundas y preciosas de su época, causó verdadera consternación en el mundo científico. La Universidad francesa en peso se sintió herida en lo más vivo; los sabios extranjeros enviaron, unánimes, cartas y telegramas de pésame. Todos los periódicos de la nación publicaron artículos rebosantes de sincero dolor; el mismo público indocto se conmovió ante una pérdida que, por su magnitud, alcanzaba a todos. Sobre la casa que tan tremendo golpe acababa de sufrir, llovieron cartas de condolencia, no sólo de los amigos, sino también de los desconocidos. El Gobierno francés también envió su pésame sincero a la familia Curie, y algunos jefes de Estado de las naciones extranjeras. "Una de las más puras glorias de Francia acababa de extinguirse, y para todos y cada uno se trataba de un duelo nacional."

Todo esto en Francia, en la nación. En el hogar, donde Pedro Curie había sido hijo y hermano abnegado, esposo amado y amante, padre devotísimo, ¿cuál no sería la inmensidad de aquel dolor, súbito, tremendo, inmerecido! Muy pequeñas todavía las hijas, para comprender la magnitud de su desgracia, su abuelo y su madre, unidos en la mutua desdicha, como antes lo habían estado en la común felicidad, lucharon bravamente contra todo y contra sí mismos: contra la pena que llevaban dentro, para lograr que la infancia de las pequeñas Curie no fuese del todo ensombrecida por aquel desastre irreparable. Y lo consiguieron. Irene y Eva no perdieron jamás la dulzura de su suave sonrisa infantil.

Pero ¿ya ella? A la compañera, a la colaboradora, a la enamorada, ¿quién podría devolverle ya nunca la sonrisa? ¿Quién ni qué podría darle a su naturaleza gastada por el ímprobo trabajo, minada por la constante labor sobre las sustancias radioactivas que roen y destruyen, destrozada ahora por el dolor, la energía suficiente para seguir viviendo? Aquella mujercita pálida, menuda y delicada, agotada por la intensidad de su temperamento, por la maternidad, por la tarea, ¿cómo podría resistir tal golpe? Y, sin embargo, jamás pena tan tremenda fue llevada con entereza tal. ¿A qué conducen las lágrimas, los sollozos, los locos arrebatos? Hay en el mundo, en la vida, algo más importante que nuestro dolor íntimo, que nuestro corazón entero o roto. Ese algo es la misión que nos ha sido confiada. Y la misión de María Sklodowska Curie, ahora que se quedaba sola, era bien definida, bien clara. El propio Pedro Curie lo había dicho, años antes: Suceda lo que suceda, aunque uno deba ser como cuerpo sin alma, habrá que seguir trabajando, a pesar de todo.

Y María Sklodowska Curie siguió trabajando como cuerpo sin alma, La vida del profesor Curie quedó destrozada por las ruedas de un camión el 19 de abril de 1906, en la calle de la Delfina. Pero su obra de investigación científica no se quebró, pues que en la compañera quedaba la continuadora.

Y ella, en luto de viudez, siguiendo la obra del amado desaparecido, era como si aún tuviera a su lado al esposo, al amigo...

Deseosa también de asegurar la continuidad de la obra de los Curie, la Facultad de Ciencias de París ofreció a la viuda la cátedra, que años antes había sido creada para el marido. Era la primera vez que una mujer iba a desempeñar una cátedra de enseñanza en la Facultad. La co-descubridora del radium se hizo un deber de no rehusarla. Aceptó. Cuando el primer día de clase, envuelta en sus crespones, María Sklodowska Curie subió a la cátedra de la Sorbona, las manos de todos los discípulos se unieron, y...

Cuentan que ella, con un simple ademán, digno, enérgico, dolorido, contuvo el aplauso que nacía, y quietamente, sobriamente, comenzó a explicar la lección en el punto mismo en que su marido la interrumpiera...

* * *

Aparte el trabajo cotidiano, que nunca, ni momentáneamente, abandonó, y el amor y el cuidado de sus dos hijas que crecían como dos flores en el hogar sin padre, Madame Curie no pidió ya a la vida dicha ni interés nuevo después de la brusca pérdida de su esposo. Su existencia se hizo más y más retirada; más hermético y recatado su carácter. Partió las horas de sus días entre su laboratorio, los cursos de la Sorbona y su retiro del Quai de Bethune en la isla de San Luis, último refugio de su vida, de su genio y de sus penas. Cada vez los beneficios del radium — aquella nueva substancia desconocida cuyo descubrimiento consumió los más apasionados y fecundos años de su juventud — se multiplicaban, pero Madame Curie no consideraba por ello terminada su tarea. (*Suceda lo que suceda aunque uno deba ser como cuerpo sin alma, habrá que seguir trabajando.*) No sólo no hizo nada por buscar nuevos honores, sino que rechazó los que se le ofrecían, y hubo literalmente que llegar a la fuerza misma para que presentara su candidatura a la Academia de Ciencias, de la que su marido había sido miembro...

No fue académica porque un viejo prejuicio veda en Francia — y en España — la entrada a la mujer en estas corporaciones. Su injusta derrota no pareció, desde luego, preocuparle gran cosa. Algunos años más tarde, la Academia de Medicina se honró acogiéndola en su seno; el doctor Roux, director del Instituto Pasteur y gran admirador del genio de Madame Curie, presentó su candidatura, que fue aprobada por aclamación. "Desde entonces — cuenta G. C. Courtial — Madame Curie no falta a una sola sesión. Todos los martes se la ve llegar, sencilla y discreta. Tímidamente sonríe ante los homenajes de sus camaradas y responde con una corta frase a las saluciones de los periodistas. Firma el libro de entrada, atraviesa casi como deslizándose, el salón de los bustos, no se detiene y, en seguida, se instala en su sillón muy cerca de la mesa directiva junto al doctor Roux. Muy raramente hace uso de la palabra aun cuando sigue con interés las discusiones técnicas." Como un cuerpo sin alma, pero trabajando en su puesto hasta el fin.

* * *

Cierto día, un amigo trae a María Sklodowska Curie una noticia simple y conmovedora. El viejo hangar en que ella y su marido habían trabajado en circunstancias tan difíciles como gloriosas hasta descubrir el radium, va a ser destruido. La nueva Escuela de Física tomará aquel terreno, y los tableros carcomidos y los cristales rotos que un día albergaron una de las tareas más generosas y fecundas en que jamás se haya empleado la humanidad, pronto no constituirán sino un montón informe. Madame Curie, agitada e inquieta, se envuelve en sus crespones, y va ¡ay, ella sola! a hacer un último peregrinaje a aquel lugar de su tarea y de su amor.

La emoción está a punto de vencerla. "En la negra pizarra — nos cuenta ella misma — dibujábase todavía la escritura de aquel que había sido alma de aquel lugar; el humilde asilo de su trabajo estaba todo él impregnado de su recuerdo. La cruel realidad parecía un mal sueño; casi esperábamos ver aparecer la alta silueta y oír resonar la amada voz familiar..."

Hora suprema de recuerdos entre las tablas desvencijadas, la estufa rota, los cristales destrozados; ¿no debió, en ella, María Sklodowska Curie asomarse a su vida pasada, y verla magnífica y gloriosa, con gloria y magnificencia más altas y profundas que las de los vanos honores externos, mundanos? De allí, de entre aquellas tablas y aquellos vidrios, en virtud del genio, de la abnegación y la labor sobrehumanas de un hombre y una mujer había surgido, con el nuevo elemento maravilloso, resplandeciente, la posibilidad de la lucha contra el cáncer, ese tremendo flagelo de la humanidad... La faena, la misión había sido plenamente cumplida; llena de contenido eterno la frágil existencia transitoria.

Una gran oleada de consuelo invadió el alma de la mujer sola en el viejo laboratorio derruido. También una ráfaga de amargura, al recordar el ímprobo trabajo que el descubrimiento había significado, a causa de los exiguos medios con que su marido y ella contaban en aquella época. Y, una vez más, se repitió, a sí misma, aquellas dilectas frases de Pasteur, que tantas veces había de repetir a los otros:

"Si las conquistas útiles a la humanidad conmueven vuestro corazón, si os sentís confundidos ante los efectos sorprendentes del telégrafo eléctrico, del daguerrotipo, de la anestesia y de tantos otros descubrimientos admirables; si os sentís celosos de la parte que vuestro país pueda reivindicar en el florecimiento de estas maravillas, interesaos, yo os lo ruego, por esas moradas sagradas que se designan con el nombre expresivo de laboratorios. Exigid que se multipliquen y se equipen; son los templos del porvenir, de la riqueza y el bienestar. Es en ellos donde la humanidad progresa, se fortifica y se hace mejor. Allí aprende a leer en las obras de la naturaleza, obras de progreso y de armonía universal, mientras que sus propias obras son, con demasiada frecuencia, las de la barbarie, el fanatismo y la destrucción."

CAPITULO VIII

Una triple cajita...

La vida sigue. La tarea sigue. El descubrimiento se perfecciona, se aquilata, alcanza los más osados límites en su eficaz aplicación. En 1910, se consigue aislar el radium, por electrólisis, de su cloruro, empleando un cátodo de mercurio. Por una destilación en el vacío se logra separar toda amalgama del prestigioso metal que aparece blanco, brillante, luminoso. Madame Curie continúa sus investigaciones originales, perfeccionando la técnica experimental, dando conferencias, guiando a sus discípulos, que la veneran, dando potente impulso a las aplicaciones terapéuticas de la radioactividad, y contribuyendo así, en inmensa medida, a aliviar muchos sufrimientos y dolencias de la humanidad. En 1911, la Real Academia de Suecia otorga justamente a Madame Curie, lo que ningún otro sabio ha logrado nunca: el Premio Nobel por segunda vez. Ahora irá ella sola a Estocolmo, a recibir el preciado galardón.

La vida sigue... La intimidad de la insigne, ahora que por sí sola, como antes al lado del sabio compañero, ha alcanzado la suma celebridad, continúa tan sencilla, tan austera como antes. Las dos hijas — Irene y Eva — crecen sanas, lindas, inteligentes. La mayor — que un día fue compañerita inquieta y curiosa de su padre — tiene ya catorce años; sus grandes ojos se abren, ilusionados, a los portentos de la Ciencia; ella ha crecido entre los fulgores del radium, y los misterios de los radioelementos que su madre le desentraña, empiezan a serle cosa familiar. Eva, la menuda, de radiante belleza y espíritu soñador, no sigue, en cambio, la senda de los laboratorios, sino que muestra ya una temprana vocación musical.

Y he aquí que, de pronto, cuando la Ciencia abre nuevos horizontes de paz y de consuelo, cuando parece que los hombres han llegado a un punto de cultura propicio a la comprensión y a la convivencia, estremece los ámbitos de Europa el agudo eco del clarín guerrero. Es el estío de 1914. ¿Los hombres se han vuelto locos? Cruza el continente una ráfaga de insania. Avanzan ejércitos poderosos, y se encuentran y luchan en diferentes frentes; se agazapan los combatientes, en las trincheras, debajo de la tierra, mientras en la altura los aviones dejan caer su lluvia de metralla; los submarinos pueblan las aguas azules de imágenes de terror, y los gases mortíferos avanzan en bruma de espanto sobre los campos yermos. Las naciones, grandes y pequeñas, están en guerra. Mueren, en cuatro años, catorce millones de hombres jóvenes.

Dijérase el fin del mundo. Dijérase que, en efecto, el mundo se ha acabado para la investigación científica, para la labor humanitaria, para todas las tareas pacíficas, nobles y desinteresadas. No es así, sin embargo. Un mayor dolor pide un mayor consuelo. En la vida de María Sklodowska Curie los años de la guerra mundial determinan un período de actividad febril incesante. Toda su ciencia, todo su celo, toda su energía son puestas al servicio de la Cruz Eoja, estando a su cargo la organización de coches radiológicos, que ella misma conduce al frente. Los hospitales y las ambulancias saben de la benéfica influencia de la Maga del Radium, y bendicen su mano suave y su poderosa inteligencia. El anhelo de hacer el bien, siempre latente en el espíritu de María Sklodowska, aquel afán que, al compartirlo llamó Pedro Curie nuestro sueño humanitario, quedan en estos cuatro años de horror, de sacrificio a la dulce patria adoptiva, plenamente colmados.

También el otro sueño, el ardiente sueño de juventud de María Sklodowska, se ve realizado. Al final de la guerra, la victoria de los aliados determina ¡al cabo de los siglos! la restauración de la nación

polaca. Se terminó el calvario del pueblo mártir: ¡Polonia es libre! ¡Polonia es libre! ¡Polonia es libre! Polonia es libre y una, y tiene pleno derecho a regir sus destinos. La caída del zarismo ruso, en 1917, abre en el corazón de los patriotas poloneses, un camino de esperanza. El 4 de junio, el Gobierno francés promulga un decreto, en el que se sientan las bases para la creación de un ejército polonés regular. En diciembre, el presidente Wilson incluye en sus célebres catorce puntos "la creación de una Polonia independiente con acceso al mar". Los catorce puntos son aceptados por los imperios centrales casi un año después, en octubre de 1918. Antes, por la Declaración de Versalles — 3 de junio de 1918 — Francia, Inglaterra e Italia proclaman, al fin, que "la creación de un Estado polonés, unido e independiente, con libre acceso al mar, era una de las condiciones de una paz justa y durable, y del reino de la justicia en Europa".

¡Polonia independiente! Poloneses de Silesia y de Galitzia, de Vilna, de Kiev y de Varsovia, unidos bajo una misma bandera, en un mismo latido. Todavía, la guerra de fronteras con la Rusia bolchevique y la invasión de una parte del territorio recobrado por el ejército rojo, de Lenin, prolongó, un tiempo, el dolor de Polonia, pero en octubre de 1920, se firmaba la honrosa paz en Riga, y el 17 de marzo de 1921, se votaba la Constitución de la República polonesa, bajo la presidencia del mariscal Pilsudski. El sincero y nunca adormecido amor de María Sklodowska Curie por su patria de origen, debió seguir el curso de estos acontecimientos con ávido interés, y la restauración de Polonia como nación independiente debió ser una de las mayores alegrías de su vida; fuera de la esfera estrictamente íntima, y después del gran prodigio del descubrimiento del radium, acaso la mayor.

Otros premios, otras dichas, conoció aún la vida de la Maga. En 1919, apaciguado apenas el clamor guerrero, el Gobierno francés acordó transformar la cátedra que Madame Curie desempeñaba en la Sorbona, nada menos que en todo un instituto, el Instituto del Radium o Instituto Curie, que se instala en la calle de Pedro Curie. ¿Qué honor ni qué homenaje podrá llenar de gozo el alma de esta mujer que para sí nada ambiciona, como este póstumo homenaje al que fue su esposo y colaborador? He aquí el sueño de los dos realizado: logrados plenamente los medios de trabajo por que lucharon tanto, en el período álgido de sus investigaciones; he aquí creados aquellos grandes y bien dotados laboratorios — las "moradas sagradas", "templos del porvenir", que decía Pasteur — por los que el sabio suspiraba, que el sabio pedía, exigía casi, siempre que trataba de otorgársele algún externo y ciertamente no ambicionado honor.

En esos laboratorios del Instituto Curie, la Maga — cuyas fuerzas físicas van ya de día en día decayendo, minada su naturaleza por las emanaciones constantes de las sales de radium, pero cuyo temple moral la sostiene con inverosímil fortaleza — desplegará todavía actividad increíble. Dirigirá con su grande y prestigiosa autoridad, el Instituto; instruirá a varias generaciones de fervientes discípulos; forjará en su hija Irene, una continuadora; escribirá los dos volúmenes magistrales del Tratado de Radioactividad (1922); redactará su erudita obra sobre la Isotopie (1921) en la que indica la evolución de esta noción fundamental y resume los conocimientos que se poseen hasta el día sobre la estructura de los átomos; seguirá dirigiendo innumerables investigaciones científicas experimentales y teóricas. Y el conjunto de su obra constituirá, en realidad, la clave de una de las más importantes ramas de la Ciencia moderna.

Se va volviendo vieja, de prematura vejez física. Rápidamente, en pocos años, el cabello se le torna enteramente blanco; se le hundén las mejillas bajo los anchos pómulos, y una palidez intensa le cubre rostro, cuello, manos... Mas, su espíritu es aún el de una mujer joven. No hay en la tarea quien la venza, ni siquiera quien la iguale. Además, todo le interesa, y, en tratándose de una buena obra, nunca le parece tarde para empezar. Los problemas de la higiene, del trabajo y la educación del niño y la mujer, le preocupan, y toman a su día algunas horas, arrancadas al trabajo habitual en los laboratorios... Ella se siente cada día más débil, y no puede hacerse ilusiones respecto a la naturaleza de su mal, pero no se le oye nunca una queja, y a todo se sobrepone para no interrumpir

sus trabajos. Para mejor conservar su resistencia, se inicia, ilusionada, en la cultura física. Por consejo de su médico, se dedica a la equitación.

En la primavera de 1921, Madame Curie, acompañada de sus hijas, hace su primer viaje a Norteamérica. En su inveterada modestia, no puede ni remotamente soñar que allí le aguarde tal radiante y vocinglero apoteosis. La atención entera de la enorme nación — juvenil, entusiasta y novelera— se concentra en las viajeras ilustres y una oleada de fervor colectivo rodea a la Maga, la envuelve, la levanta, en turbonada de cálida y casi alarmante popularidad. Las primeras planas de los periódicos se llenan con su retrato y su nombre, en grandes titulares; una nube de reporteros y fotógrafos la sigue y rodea adonde va; las gentes, por la calle, la aclaman; las mujeres se atropellan por tocarle la orla del vestido, como a las santas de la Edad Media... No es la fría y serena celebridad de los medios científicos; es la calle, la masa, que irrumpe, de pronto, en la vida de la sabia mujer, queriendo participar en su presencia y en su gloria. La recatada modestia de Madame Curie debió padecer bastante durante ese triunfal viaje, pero, más de una vez, debió conmoverla profundamente la vibración agradecida y ferviente de la multitud.

Fue un homenaje entusiasta y sincero de toda la nación. El 5 de mayo, en Washington, el presidente Harding, entregaba a la Maga, una triple cajita misteriosa, presente de las mujeres de los Estados Unidos a la gloriosa mujer, en reconocimiento a los trascendentales servicios por ella prestados a la Ciencia y a la humanidad. "A la más grande de las mujeres sabias de este tiempo y de todos los tiempos" — fueron las palabras del presidente mientras ponía en manos de Madame Curie el regalo preciado de toda una nación...

Días más tarde — cuenta la prensa de aquella hora —, desde el tren especial que conducía a los viajeros de un transatlántico, descendía en el andén de la estación de Saint-Lazare, una dama de aspecto modestísimo, ataviada con sencillo traje negro, y acompañada de sus hijas. Casi desconocida su figura para las multitudes, en su adorada patria de adopción, apenas las miradas se posaban en ella, que apresuraba el paso, deseosa de encontrarse de nuevo en el refugio de su hogar de París. Las gentes la tropezaban sin darse cuenta de quién era, y sólo una persona amiga pronunció frente a ella frases de bienvenida.

Sin embargo — siguen contando los periódicos — el andén estaba lleno a rebosar: "esperando la llegada del tren, se apoderó de la multitud un verdadero delirio, costándole ímprobo trabajo contenerla a la policía, cuando el largo cortejo de vagones se detuvo en medio de un rechinar de frenos desesperado. Hubo frenéticos ¡bravos! Y millares de bocas aullaron..." Aullaron ¡ay! un nombre que no era precisamente el de la insigne mujer de trabajo y deber, que, inclinada años y años sobre sus crisoles, supo arrancar a la Ciencia sus profundos secretos para aliviar las miserias de la humanidad. No, no; Madame Curie y sus hijas seguían avanzando entre la multitud frenética, abriéndose paso a duras penas, sin que nadie ñjase en ellas la atención. Las aclamaciones, el delirio, eran porque en el mismo tren regresaba de América el boxeador Carpentier, el ídolo del momento, "a quien todas aquellas gentes querían ver, llevar en triunfo, a quien todas aquellas mujeres histéricas querían abrazar, tocar, apretujar". Una voz indignada tronó junto a la insigne viajera:

—¡Qué cretinos! ¡Qué vergüenza!

Pero la Maga sonreía con la sonrisa decaída, casi imperceptible, de sus labios exangües:

—¡Qué quiere usted, señor! Es así... Además, yo ¡sé tan poco y he hecho tan poco! Créame, lo que hacen esas personas me parece muy natural...

Difícilmente, y siempre ignorada de los que la rodeaban, aquella ante quien se inclinaban los sabios más grandes de Europa y de América, aquella "a quien el espíritu colocó por encima de todas las

reinas de la Tierra", se abrió paso hasta un modesto taxi. Sonreían aún sus labios ante el espectáculo de la estación, y sus manos oprimían contra su pecho el maletín en que traía para su patria de adopción el regalo de las mujeres de Norteamérica.

Una triple cajita misteriosa: un precioso cofrecillo de plomo, de acero y de caoba. Dentro, no una joya, no un adorno, no una medalla; no perlas, ni brillantes, ni zafiros. Sólo un gramo de radium, por valor de 250.000 dólares y repartido en diez tubitos, conteniendo cada uno cien miligramos del precioso metal.

Un segundo gramo de radium debía aún serle ofrecido a Madame Curie por los Estados Unidos, y por mano del presidente Hoover, en 1929. El primero fue para los laboratorios de París; este segundo para el Instituto de Varsovia. ¡Bien realizado ahora, el sueño juvenil de María Sklodowska, de hacer algo por su país!

CAPITULO IX

Madame Curie en España

Conocí a Madame Curie en abril de 1931, cuando acudió a Madrid para dar una conferencia y visitar las instituciones científicas de la capital de España la insigne codescubridora del radium. Y su figura venerable — que pronto había de desaparecer para siempre —, me causó hondísima impresión.

Era la figura peculiar a casi todas las mujeres dotadas de una gran energía concentrada, interior: pequeña, delgada, de cabeza menuda, ahora nimbada por la corona de cabellos muy blancos, claros ojos muy hundidos y penetrantes, boca fina, mejillas ya descarnadas y pómulos anchos, reveladores de su origen eslavo. Extraordinariamente agotada en sus sesenta y tantos años gloriosos, sostenidos sólo por el temple de la voluntad, por la fuerza tremenda del espíritu, era curioso contemplarla en su inmovilidad y su silencio habituales, y ver asomarse a sus ojos, a su rostro, a su figura, las "otras mujeres sucesivas" de su vida fecunda:

La niña de Polonia, huérfana de madre viva y llamada a ocupar prematuramente junto al padre viejo, sabio y bondadoso, el lugar de responsabilidades y cuidados que la ausente dejara; criaturita que hizo su cuarto de juegos del laboratorio paterno y en cuya mente los prodigios de los cuentos de hadas fueron unidos a las maravillosas revelaciones de la Ciencia. Luego la joven institutriz calladita y humilde, que sueña con reivindicaciones patrióticas, que siente anhelos de justicia social, y que ha de abandonar su vocación científica, sus estudios y el laboratorio de su infancia, porque la Ciencia pura, en la Varsovia oprimida de fines del siglo xix, no da para comer... y que se gana la vida cuidando a los chiquillos de pudiente familia rusa. Poco después, la osada, la rebelde, en quien la vocación triunfa, que parte hacia París, sin dinero ni ayuda; la estudiante polaca, sola, anónima, insignificante, que lucha a brazo partido con la miseria, y se matricula en la Sorbona, y come poco pero estudia mucho, viste mal pero investiga bien. La licenciada, la doctora en Ciencias Físicas y Naturales a quien ya atrae la apasionante rebusca de las sustancias radioactivas; y la profesora de la Escuela Normal de Sévres, y la novia y la esposa: Madame Pedro Curie... Más tarde, la madre de esas dos deliciosas criaturas: Irene y Eva; y al mismo tiempo, la gloriosa codescubridora del radium. Y la famosa, la célebre, ganadora, con su marido, de la Medalla Davy de la Real Sociedad de Londres; por dos veces poseedora — primero con el amado colaborador; luego ¡ay! ella sola — del alto galardón del Premio Nobel. La viuda, la triste, pero también la continuadora de la obra del sabio, que así, merced a ella, no se fue del todo... ¡Cuántas mujeres en esta agotada y fuerte mujer! Cuando yo la conocí, en ese histórico abril de 1931, su existencia habitual, externa, podía definirse como un "constante ahorro de esfuerzo". En abnegada tarea admirable de cada hora, de cada minuto, su hija Eva — radiante de juventud y de belleza, alejada del terreno científico y artista por temperamento — era la encargada de verificar esa economía tendiendo, sobre todo, a suprimir de la vida de su madre, agotada por el esfuerzo constante de tantos años fecundos, todas las inútiles cosas fatigantes que trae consigo la celebridad. En consecuencia, Madame Curie no firmaba álbumes, no otorgaba autógrafos, no contestaba encuestas ni concedía entrevistas. No relataba nunca su biografía, no hablaba de sí misma, ni le gustaba que le hicieran preguntas — ¡ciertamente bien ociosas, cuando es toda una vida la que habla! — en torno a su opinión acerca del feminismo. No aceptaba, tampoco, invitaciones para asistir a comidas a las que concurriesen más de cinco comensales. En estos banquetes íntimos, probaba apenas bocado, y guardaba casi absoluto silencio;

pero no un silencio hosco o altivo, sino un silencio deferente, cortés, atento a la charla en torno, y gozoso de la animación y la palabrería de los demás.

En aquel su viaje por España, mostraba, con escasas palabras, una curiosidad casi infantil por todo; quería que todas las cosas se le explicasen minuciosamente. Luego de oír los datos de las personas que la acompañaban, volvíase — invariablemente — con la mirada hacia su hija Eva, quien, con admirable intuición fervorosa, hallaba siempre el punto que a su madre le interesaba aclarar o subrayar.

Ella, rara vez hacía un comentario. Recuerdo, sin embargo, el día que enseñaron a la Maga del Radium el palacete llamado "Casita del Labrador" en Aranjuez. Ambiente precioso y preciosista, cuyo estilo, significado, historia, coste, objeto, hubieron de ser descritos a la Maga en cada detalle y en triple versión: la del cicerone auténtica, la mía y la de Eva Curie. La ilustre, en silencio, pasaba las manos exangües por las paredes tapizadas de exquisitas sedas Watteau; palpaba los nácares, las porcelanas, los lapislázulis. No decía nada. Sólo, al salir, justamente en la puerta, y volviéndose hacia dentro, murmuró, en francés: "¡Qué lástima de Universidad!"

* * *

Hemos dicho que, merced a la devota solicitud de su hija Eva, fueron constante ahorro de esfuerzo los últimos años de Madame Curie. Pero no ahorro avaro, egoísta, sino como un generoso guardarse en las minucias cotidianas para mejor darse en la tarea trascendente. Así, yo la vi...

La vi sobre un fondo de pizarra negra, borrando la vestidura negra — como en "truco" de cámara obscura — todo contorno de la silueta. Quedaban solamente, para el interés encendido y la atención ávida del público que acudía a escuchar su lección sobre la "Radioactividad y evolución de la Ciencia" (1), una cabeza, una voz, unas manos. La cabeza, alba y exangüe — blanca la tez, blanco el cabello —, la voz desmayada y monótona, las manos agudas, transparentes...

Al pronto, la voz es tan débil, la figura queda tan desdibujada, y es el aula tan inmensa, y hay en ella tanta y tanta gente, que imaginamos — tememos — que nadie va a oír nada, que va a perderse la fecunda lección. Mas, pronto los tres únicos factores dados — cabeza, voz, manos—, se imponen, dominan a la multitud apretada, inquieta. El silencio se hace absoluto. Bajo las gafas de concha que llenan toda la cara pequeña, brillan, en las cuencas hundidas, las ascuas de los ojos. La voz, sin apartarse de su monotonía primera, va dando vida a todo un raro mundo, nuevo y maravilloso: átomos, protones, electrones; rayos alfa, beta y gamma; radioelementos, radioactividad... En los rostros de los iniciados se adivina el efecto luminoso de las ideas y las palabras de la Maga; los profanos aguzan potencias y sentidos, por captar, por entender... Y mientras la voz se hace luz, las manos exangües, cual si en ellas se hubiera acumulado toda la vitalidad, toda la actividad del cuerpo inmóvil y desdibujado, se agitan, enérgicas y vivaces, en vuelo de blancas mariposas, devanan invisible madeja, o rasgúan cuerdas de arpa silenciosa...

* * *

En estos últimos años de su vida, todavía volvió Madame Curie una vez más a España. Fue con motivo de la reunión que el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, de la Sociedad de Naciones, celebró en Madrid, del 3 al 7 de mayo de 1933. María Sklodowska Curie, tan opuesta siempre a formar parte de consejos, juntas y comisiones, aceptó, gozosa, su nombramiento de miembro del Instituto de Cooperación Intelectual, donde trató cuestiones de un tan capital interés para la humanidad como la educación de las masas populares y la organización internacional de las investigaciones científicas.

Las reuniones de ese Instituto no tienen un carácter práctico, en el sentido de que de las mismas puedan emanar disposiciones aplicables en la esfera internacional, o en la particular de tal o cual país. Bastaría, para oponerse a ello, la diversidad de ideologías de los miembros que a ellas concurren, no ya distintos, sino muy a menudo francamente contrapuestos. En realidad, esas reuniones sirven más bien de pretexto u ocasión para que tomen mutuo y personal contacto determinadas eminencias de las distintas naciones, aun de las no representadas en la Liga ginebrina.

En esta reunión de Madrid, cuando ya restaban a la Maga pocos meses de vida, fue ella quien presidió las conversaciones del Instituto, que versaron sobre "El porvenir de la Cultura". A ellas concurrieron, además de Madame Curie, eminencias tan destacadas como Haldane, Paul Valery, F. Severi, Otto Lehmann, Unamuno, etc.

Una atmósfera de veneración rodeaba, en aquella importante reunión de intelectualidades de todos los países, a esta sencilla mujer, anciana ya, cansada y enferma, ataviada con sus simples ropajes negros... y más alta, sin embargo, que todas las reinas de la Tierra. Allí, en sus manos temblorosas y en sus brillantes ojos hundidos, se revelaba toda una vida de abnegación, de culto a esa civilización, a esa cultura acerca de cuyo porvenir — al parecer, en peligro— iban a hablar voces autorizadas. Con tanto tacto como autoridad ella presidió los debates; habló poco, y se mostró optimista respecto a los futuros horizontes de la Ciencia y de la cultura humana. Escuchemos en la distancia algunas de aquellas sus esperanzadas palabras:

"Yo no soy pesimista — dijo al tratarse de la mecanización de la vida moderna—. Soy de los que creen que la Ciencia posee una gran belleza. Un sabio en su laboratorio no es solamente un técnico; es también como un niño colocado frente a los fenómenos naturales, que le impresionan como al pequeño en un cuento de hadas. Nuestra misión es hallar el medio de exteriorizar este sentimiento; no debemos dejar que se crea que todo progreso científico se reduce a maquinismos, máquinas y engranajes... que, por otra parte, también poseen su propia belleza."

.....

"No creo tampoco — añadía—que, en nuestro mundo esté en trance de desaparecer el espíritu de aventura. Si en torno veo algo vital, este algo es, precisamente, el espíritu de aventura que no hay manera de desarraigar, y que, en cierto modo se confunde con la curiosidad. Yo me inclino a creer que es un instinto primitivo de la humanidad, que no hubiera podido subsistir privada de él; como no podría subsistir una persona absolutamente desprovista de memoria. La curiosidad y el espíritu de aventura no han desaparecido, no: ¿qué decir de quienes realizan hoy en avión la travesía del Atlántico? Y no faltan otros ejemplos. El espíritu de aventura se encuentra ya en los niños, a todas las edades y en todos los grados."

.....

"Acaso nos es difícil — señalaba, expresando la necesidad de una atmósfera de paz y seguridad para el porvenir de la Cultura — formular las ambiciones posibles, el fin y objeto de nuestros sueños. Pero lo que sí podemos hacer, sobre todo, es precisar las condiciones para que esos sueños sean posibles y no sean destruidos por los acontecimientos. Podemos también reconocer que el ensueño del porvenir exige la síntesis de las culturas nacionales y la subordinación de las divergencias, que son principalmente de naturaleza política, a un objeto y fin universal, como es el de la cultura y la civilización."

.....

"No sin inquietud — decía también, insistiendo sobre el mismo punto capital — puede abordarse tema de tal amplitud como el del porvenir de la Cultura, que en ciertas épocas, se impone al espíritu con una intensidad que llega hasta la angustia. Pues, la inteligencia humana, que ha determinado los maravillosos progresos de la dominación ejercida por el hombre sobre la materia ¿contiene, acaso, gérmenes de destrucción, y amenaza conducirnos a la ruina por el exceso mismo de su espléndido triunfo, y por la imposibilidad de adaptarse a las condiciones fisiológicas impuestas por la naturaleza? Es un problema que vale la pena de plantear.

"Es indispensable para el porvenir de la civilización — concluía — que la magia de las conquistas de orden científico y la gloria de las realizaciones técnicas se concilien en un conjunto armonioso, con la aceptación de una doctrina que instituya un régimen de paz y de amistad entre los hombres, bajo la supremacía universal de la razón y de una moral digna de tal nombre."

* * *

Esta segunda estancia de María Sklodowska Curie en España, en ese dulce mes de mayo, fue su último viaje. Después fue a recluirse en su retiro, casi hasta el fin.

Su retiro, una antigua morada del siglo XVIII, en el Quai de Bethune, en la isla de Saint-Louis, marco encantador siempre de "aquel viejo París" poblado de recuerdos, de historia, de espiritualidad. Una vieja casa con balcones y balaustradas de hierro forjado, una ancha escalinata de piedra, y amplias ventanas que miran por encima de las copas de sauces y olmos el eterno correr de las aguas fugitivas del Sena.

Su retiro, abierto sólo a la vida familiar con sus hijas, — la mayor, Irene, casada con el sabio Jollyot y continuadora de la tarea de sus padres — a muy pocas amigas, y a algunos hombres de Ciencia, investigadores infatigables, como ella. En la casa, hasta el fin, la misma sencillez de siempre. Una sola doméstica, ya antigua en el hogar, por todo servicio. Y ningún lujo, ninguna concesión a la vida mundana, de exhibición o de placeres...

Su retiro: ese laboratorio que constituye el logro de su único palacio soñado, en el cual, hasta el último día, prosigue sin descanso su investigación acerca de la utilidad terapéutica del radium. Y su búsqueda infatigable de los medios para evitar los inconvenientes de la manipulación de ese elemento misterioso a la vez bienhechor y temible, que ataca y roe los miembros de los radiólogos, tremenda consecuencia contra la cual no existe hasta ahora otro remedio que la amputación. En ese retiro, en esa tarea, la acompañan y la ayudan, en estos últimos días de su vida, un número escogido de fervientes discípulos: el doctor Regaud, el doctor Pournier, el doctor Jollyot y la esposa de este último, Irene, la continuadora de la gloriosa estirpe científica que hoy ya puede enunciarse. Sklodowska - Curie - Jollyot... Irene, una mujercita linda y reflexiva, apasionadamente enamorada y estudiosa, como su madre un día; con la cabeza llena de graciosos rizos por fuera y por dentro de áridas fórmulas científicas. Contemplándola envuelta en su severa y nítida bata blanca, yendo y viniendo por el laboratorio, entre alambiques, retortas y tubos de ensayo, los ojos de la madre relucen de orgullo... o, tal vez, de lágrimas.

— Irene tiene también una hijita — dice a un visitante, como para hacerle comprender que en la casa hay algo más que radium —. Y trabaja muy bien. ¡Lástima que su padre no pueda verla!

(1) Pronunciada en la Residencia de Estudiantes y objeto de ese su viaje a Madrid.

CAPÍTULO X

La eterna presencia

¿Recordáis las maravillosas propiedades de la nueva sustancia prodigiosa — el radium — perseguida y encontrada, al fin, por los Curie? "Vivo y eterno, el radium da calor de un modo indefinido, sin que su fuerza ni su peso se alteren; otorga su potencia sin consumirse; parece querer desafiar a la naturaleza mortal..." Más imaginativo que su esposa — algo así como un poeta de la Ciencia —, Pedro Curie soñó con ver los radioelementos bellamente coloreados... Y su anhelo fantástico se vio colmado, no en color, pero sí en brillantes resplandores, que, luciendo en la noche de todos los rincones del laboratorio, daban a éste el misterioso aspecto de la cueva de un mago. Y tras esta mágica apariencia, las todavía más mágicas posibilidades de arrebatarse sus presas a la muerte, dando vida nueva a los tejidos...

Mas, ¡ay!, junto a estas propiedades vitales guardan los rayos mágicos otras propiedades destructoras. Potentes y misteriosas, su luz y su calor encierran la muerte con la vida. Su contacto continuado corroe, sus emanaciones constantes destruyen, lenta y seguramente... En los laboratorios, uno tras otro, caen los mejores héroes — los héroes de avanzada — del ejército de la paz, del ejército de la Ciencia. Sólo al cabo de años de investigar y conocer, junto al poder vital, el poder mortífero de los nuevos elementos, pueden los radiólogos organizar la cruzada de la propia defensa contra ellos.

Así María Sklodowska Curie, que ha entregado lo mejor de su apasionada juventud a la investigación de esas radiaciones desconocidas; que ha manipulado toneladas de mineral, persiguiendo sin descanso los radioelementos escondidos en ellas, que durante más de un cuarto de siglo ha permanecido en ese contacto, ha recibido esas emanaciones, es lentamente asesinada por su propio descubrimiento. La alteración producida en sus órganos por los repetidos experimentos en radiología, es tan grave, que la Ciencia nada puede contra ella. Esa mortal palidez que desde largos años, le cubre rostro y manos; esa opacidad extrema de su voz, esa casi inmovilidad de sus miembros, son los signos externos de la anemia perniciosa, incurable, que la consume y se la lleva. Ese rasguear constante de las manos exangües es el preludio de la inminente quietud eterna, tremenda venganza — acaso — de los terribles rayos, contra la osada investigadora que desveló el secreto de su misteriosa naturaleza.

A la Maga del Radium — que ha dedicado la vida entera a desentrañar el bien y el mal que de los nuevos elementos arrancados por ella a lo desconocido pueden derivarse — no se oculta cuál es su enfermedad ni el desenlace único a que puede llegar. Por ello, su heroico temple, en lugar debatirse en retirada, se obstina en permanecer al frente de su laboratorio, al pie de sus trabajos, hasta el último instante. Hay que aprovechar para la tarea fecunda hasta la última migaja de vida, aunque, según la frase de Pedro Curie, se deba ser como un cuerpo sin alma.

Sólo en ese tristísimo verano de 1934, cuando María Curie ya no es sino un espectro, la sombra de una sombra, sus hijas logran arrancarla al laboratorio — su palacio encantado— y llevársela a un sanatorio de Sancellemoz, en la Alta Saboya. El aire era vivo, el clima tonificante; por las ventanas de la estancia se entraban las ramas de las pagodas verdes de los abetos. La armonía infinita de la soledad y del silencio de la plena naturaleza parecía llamar a aquella que tanto había amado la vida libre y sencilla de los campos, la belleza de valles y montañas. Pero ella no podía ya responder a la

llamada. Día a día, iba extinguiéndose, rodeada de sus hijas, de sus discípulos. El 4 de julio, a los sesenta y siete años, se apagó el último soplo de su vida.

En torno a su muerte, más gloriosa que la del más glorioso general del más glorioso ejército, se hizo el menor ruido posible. "Quiero bajar a la tumba en silencio" — decía el testamento de la Maga. En respeto a su voluntad, no hubo, pues, en su entierro, cortejos brillantes, ni altisonantes discursos, ni pompa de solemnes ceremonias necrológicas. El Gobierno francés publicó, eso sí, un comunicado expresando su profundo dolor ante la muerte de "esta hija adoptiva de Francia, que tan eminentes servicios había prestado a la Ciencia y a la Humanidad".

Sencillamente, recatadamente, como había vivido, María Sklodowska Curie fue enterrada en el pequeño y tranquilo cementerio de Sceaux, al lado de su marido, el 7 de julio de 1934. En Francia, que se honra siendo su segunda patria y el lugar de sus afanes experimentales, de su obstinada investigación, de su genial descubrimiento, descansan los restos de la Maga del Radium. Es conmovedor, sin embargo, saber que los cubre una leve capa de tierra de Polonia, traída para ella de la patria de origen, por las férvidas manos de la doctora Sklodowska y el doctor Dluski, hermanos de Madame Curie. Sobre el silencio y la paz del último sueño, un poco de tierra de aquella Polonia libre, independiente, señora de su propio destino, de los locos ensueños de juventud de María Sklodowska.

* * *

El dolor de Francia y de Polonia, el dolor del mundo científico, es tremendo, aunque no estalle en clamor resonante. El golpe para hijas, para hermanos, para discípulos, es tan brutal que, por un momento, en el hogar y en los laboratorios, la vida se suspende. La casa, los laboratorios, el Instituto, son, sin ella, como un cuerpo sin alma. ¿Dónde, sin su energía inspiradora, encontrar fuerzas para continuar la tarea cada vez más difícil y más agotadora? ¿Cómo seguir adelante sin aquella cuya sola presencia era ejemplaridad y aliento?

— Todo lo hemos perdido, al perderla — dice, a raíz de su muerte, Georges Fournier, su discípulo y encargado de la investigación científica en el Instituto Curie —. La gran casa que ella animaba nos parece vacía, los aparatos sobre las mesas nos parecen inertes...

"...Pero reemprenderemos el trabajo — añade —, nos reintegraremos valerosamente a nuestras investigaciones, pues la mejor manera, para nosotros, de honrar la memoria de María Curie, es seguir, en la débil y miserable medida de nuestras fuerzas, el ejemplo magnífico que ella nos ha trazado."

Sí. ¡Adelante, adelante! Aunque el dolor lastime, aunque hiera la pena, hay que seguir, hasta el fin, la emprendida cruzada que Pedro y María iniciaron. Inmensas perspectivas han sido abiertas a la Ciencia por su labor paciente, por su descubrimiento genial; y hay todavía que andar mucho camino, que estudiar muchas posibilidades, que arrancar muchas carnes al dolor, muchas vidas a la muerte. ¡Adelante, adelante! Hay que trabajar, trabajar, trabajar siempre... suceda lo que suceda, y aunque se sea como un cuerpo sin alma.

A través de los años, el mandato de Pedro Curie se sigue al pie de la letra, en 1934, por sus continuadores, como se siguió en 1906 por su compañera. Después del breve instante de flaqueza, la tarea no se interrumpe. Entran en nuevo período de actividad los aparatos sobre las mesas; tubos de ensayo, alambiques, retortas, tornan a cumplir su destino. El radium bienhechor irradia aquí y allá sus resplandores. Los discípulos aguzan potencias y sentidos; Irene Curie Joliot sigue con paso firme — al lado del hombre elegido, compañero en la tarea — la ruta marcada por su madre. La

deliciosa pequeña de rizos rubios que de tanto en tanto viene a cogerse a sus faldas ¿será, acaso, también continuadora de esa científica estirpe femenina?

Todo continúa, realmente, en el Instituto Curie, como si María Sklodowska Curie no hubiese muerto. Y es que, en efecto, ella no ha desaparecido del todo. Su espíritu vela aún la tarea emprendida y su augusta figura ausente preside los trabajos. Que si, como dice el poeta inglés, *a thing of beauty is a joy for ever*, también el recuerdo de una presencia gloriosa puede ser una eterna presencia.